

Por qué tenemos siempre la sensación de que partimos de cero?

“Tijeras para Todas” quiere recoger la memoria colectiva que diferentes grupos feministas, colectivos mixtos e individuo-as, han elaborado en los últimos años a partir de textos que hablan de agresiones concretas, propuestas de debate y que van directamente referidos a nuestros espacios políticos cercanos. No somos las primeras... ni seremos las últimas...

Este recopilatorio de textos surge porque estamos hartas de la sensación de que siempre partimos de cero, cómo si no se hubiera planteado nunca un trabajo en este sentido. Y la verdad es que apesar de que sí, de que este curro lo hicieran muchas y algunos, se ha avanzado muy poco a la hora de llevarlo a la práctica, politizar las agresiones, tener posicionamientos colectivos y acciones de respuesta a éstas. En contrapartida, muchas tías no sólo hemos seguido haciendo camino sino también nos hemos cansado de repetir siempre lo mismo.

Queremos denunciar que el curro sobre agresiones sexistas lleva mucho tiempo en el tintero de los movimientos sociales, fuera de agenda o de prioridad política. Que en el momento en el que emerge la denuncia por parte de tías que forman parte de los colectivos, los mecanismos de resistencia, minimización o el mirar el dedo y no hacia donde éste señala, hacen que se pierda la posibilidad y las ganas de un trabajo político sobre las agresiones machistas.

“Tijeras para Todas” es una herramienta colectiva, una arma arrojadiza para la reflexión, el debate y la acción contra las agresiones. Animar a las tías a denunciar, actuar, responder y a la peña en general a que se autogestionen el curro de deconstruir el imaginario sexista que nos toca, nos pincha y nos atraviesa, que nadie espere ser iluminado porque el rol de educadoras no lo queremos pa nosotras. Ya está bien de explicar, señalar, escribir, justificar, proponer...la violencia machista nos deja con pocas ganas de ser comprendidas más bien con el deseo de que exista solidaridad, acciones y reacciones, sin que estemos ahí las de siempre para visibilizarla.

Este dossier es una invitación para la acción y para eso lo hemos estructurado en tres momentos diferentes; los primeros textos nos dan el contexto al que nos referimos, violencia en los movimientos sociales, el segundo grupo son textos que fueron escritos como respuesta a agresiones concretas y el último grupo son propuestas de acción directa feminista.

Salud y tijeras para todas!



Por qué tenemos siempre la sensación de que partimos de cero?, 1



El feminismo no es un “tema de mujeres”, 4
Rompiendo imaginarios, maltratadores políticamente correctos, 10
Per què parlem de sexisme als espais alliberats, 23
Geometria, ideologia y geografía de las relaciones de confianza, 25
Degénero y tíos de la peña (o de como estamos de mierda hasta el cuello), 31



Quien teme a los procesos colectivos? Apuntes críticos sobre la gestión de la
violencia de género en los movimientos sociales, 34
Espacios ocupados, espacios con cuidado, 41
Carta per a un debat sobre les agressions sexistes, 48
La opresión “al revés”, 52
Agresión es cuando me siento agredida, 55
Los espacios “liberados” no están exentos de agresiones, 56
Entre la peña, 59



La autodefensa de y para mujeres es una respuesta a la violencia de género, 61
Comunicado de Anacondas subversivas, 64
En relación a la acción directa feminista, 66



EL FEMINISMO NO ES “UN TEMA DE MUJERES”

x

Ninguna opción es neutra, inocua; el silencio es cómplice de los privilegios de unas pocas. No basta con cierta “aceptación” creciente respecto a otras prácticas no heterosexuales, sino que debemos desmontar toda la cultura y simbología reinante patriarcal (y heterosexista).

Una de las premisas básicas de la lucha feminista, al igual que otras luchas que se organizan a partir de las necesidades de un grupo oprimido a causa de alguna de sus características (color de piel, sexo, etnia, edad, opción sexual, clase social, situación legal-vital respecto a los papeles que regulan la inmigración, el trabajo, la libertad física...) es el hecho de que la concreción de sus intereses, la determinación de sus estrategias políticas, vienen decididas por las personas que están sujetas a esas relaciones de opresión-dominación-explotación, en el caso del feminismo, las mujeres.

Se trata de la fijación de los roles en la relación clásica de dominación que se establece entre “amo-esclavo”, donde la masculinidad (encarnada por hombres de carne y hueso a lo largo de toda la historia, pero tratándose principalmente de un modelo, de un arquetipo viril de dominación que puede adoptar cualquier persona eligiendo algún rasgo de este modelo) es la construcción dominante y la feminidad es “lo otro”, lo negado y excluido de toda una economía no sólo material, sino (y más profundamente) significante, cultural y simbólica (Lévi-Strauss define el momento inaugural de la cultura con la aparición y gestación del lenguaje simbólico basado en el intercambio de mujeres como objetos entre los hombres de distintas tribus-familias (parentesco), formalizando así la “objetualización” de las mujeres en el nacimiento de la cultura occidental. Las estructuras elementales del parentesco, Lévi-Strauss, 1949).

Todavía hoy esta explicación básica de la necesidad de la auto-organización por parte de las personas sometidas en esta relación

dialéctica de poder cuesta comprender y respetar por parte de muchos hombres y mujeres compañeras en otras luchas. Esta incompreensión y, peor aún, esta total falta de respeto es la que venimos soportando muchas mujeres que apostamos por espacios-grupos-momentos de mujeres no mixtos. ¿Quién no respetaría el hecho de que las personas negras quisieran auto-organizarse para combatir el racismo tras lo ocurrido en Nueva Orleans? Y esto ya no sólo resulta asombroso, sino que es de lo más molesto. En vez de crear redes donde la comunicación fluya de manera transparente y sin obstáculos y se produzcan trasvases de conocimientos horizontalmente, nos dedicamos a hacer política de “mercadillo”, donde la que más grita triunfa o donde mejor nos fluye el diálogo es en los bares para criticar a las espaldas de la gente sin importarnos una mierda el generar debates productivos y enriquecedores para todas desde las diferencias y las divergencias.

Por otro lado, otra obviedad a la que fácilmente puede llegar una persona clara y avispada (esto es directamente proporcional al interés que cada una le ponga), es que el sistema encargado principalmente de producir y mantener la jerarquía desigual entre los géneros (relación de dominación que está extensamente explicada y documentada en múltiples documentos y enteramente disponible a toda persona que demuestre algo de interés), es to es, el PATRIARCADO, es un problema que nos repercute a todas (todas nos hemos socializado como hombres o como mujeres) y que, por lo tanto, seremos capaces de transformar (o destruir) este sistema si cada una va tomando consciencia de los mecanismos que han operado para conformar nuestra feminidad-masculinidad que, a su vez, perpetúan la dominación patriarcal.

Por lo tanto, el análisis de la especificidad del rol masculino también tiene que ser analizado y desmontado por sus protagonistas que “inconscientemente” lo re-producen día tras día, véase los hombres, y dejar de trivializar sobre la magnitud de esta tarea con el gesto fácil de “yo ya me lo he currado”. Las posibles alianzas vendrán de este empeño y trabajo colectivo, tanto por separado como revueltas, y será lo que nos permita ir creando redes de comunicación y de apoyo para luchar contra el sucio patriarcado.

En el caso de las mujeres, la feminidad, tal y como hoy la conocemos, representa la forma en que llegamos a desear la dominación masculina, que no está en absoluto a favor de nuestros intereses (como sujetos autónomos), es el adiestramiento para erotizar ese juego perverso de dominación masculina, de acceso sexual (económico, social) de los hombres a las mujeres. La feminidad y la masculinidad se construyen para ser roles complementarios y necesarios, y el mito del amor romántico y verdadero se apropia y regula los únicos códigos eróticos y sexuales aceptados. La heterosexualidad normativa es el producto óptimo de la obligación de ser “verdaderamente” un hombre o una mujer.

Y no estamos hablando de prácticas sexuales concretas, sino de la heterosexualidad como institución política y social que estructura la sociedad (en uniones de pareja monogámica, familia, propiedad privada...ampliándose ahora esta estructura a uniones de personas del mismo sexo, hecho que responde más a la flexibilidad del sistema para asimilar las nuevas necesidades -o posibles subversiones- que a cambios profundos). Desvelar los mecanismos que operan tanto individual como socialmente para constreñir nuestro potencial erótico en la opción heteronormativa es una tarea de todas, repito, al margen de nuestras opciones sexuales temporales concretas, y en este asunto el trabajo sigue siendo infinito, pues mientras que la (hetero)sexualidad se siga asumiendo acríticamente como “normalidad”, seguirá existiendo el “afuera” para las desheredadas de los privilegios lesbo-homo-transfobos y estaremos condenadas a ser lo “anormal”, lo raro, lo otro... las estructuras profundas del patriarcado no cambiarán, sólo se modificarán para ser más eficaces, pues no se trata de generar tolerancia ante lo diferente, sino en el ejercicio de reventar los lugares “seguros” y “normales”, dinamitar esas construcciones sociales que nos estructuran en normales-anormales, mujer-hombre, femenino-masculino, heterosexuales - lesbianas - homosexuales...

Ninguna opción fue neutra, inocua; el silencio siempre es cómplice de los privilegios, de unas pocas. No basta con cierta “aceptación” creciente respecto a otras prácticas no heterosexuales, sino que debemos desmontar toda la cultura y simbología reinante o patriarcal (y heterosexista).

Por supuesto, este sistema de opresión específico para las mujeres como grupo oprimido no define nuestra posición de sujetos en lucha desde el victimismo pasivo y llorón (aunque no nos sobran las razones por las que llorar) sino que a partir del ejercicio de conciencia de nuestra realidad psico-social como “mujeres”, nos arrojamos a una actividad creadora, donde articulamos las estrategias de lucha a partir de nuestras subjetividades, donde además de la división entre feminidad-masculinidad, también operan otros ejes de poder como son la clase social, la opción sexual, el color de la piel, los pueblos a los que pertenecemos... pudiendo llamar así a este sistema “hetero-patriarcado-capitalismo”.

Pero a mí lo que realmente me preocupa (y la razón principal de este escrito) es la ausencia “misteriosa” de responsabilidad individual (y por supuesto colectiva) a la hora de enfrentarnos al sano ejercicio de hacer conscientes esos procesos que actúan en la creación de nuestras subjetividades, pues al igual que cuestionamos los procesos de socialización que de peques nos hacen en el egoísmo individualista, en el consumismo compulsivo, en la competitividad y lucha por el poder, también nos educamos en la feminidad y en la masculinidad, pero estas construcciones cargadas de intereses ideológicos las dejamos pasar por “naturales” o “normales” y no las cuestionamos en absoluto (al igual que pasa con la “naturalidad” de la heterosexualidad). De más está decir que este proceso de autocrítica consciente se realiza desde la alegría de sentirnos más dueñas de nosotras mismas, desde el respeto a una misma y a los procesos de los demás, desde la escucha y el apoyo mutuo, y no desde el sacrificio y el qué dirán, no se trata de negar el deseo, la erótica, la sexualidad.

¿No era la no separación entre vida y política lo que nos caracterizaba a los movimientos autónomos? ¿No son los centros sociales y otros espacios colectivos una apuesta por la experimentación en nuestras vidas de nuevas formas de socializarnos, nuevas maneras de afrontar el consumo, el trabajo asalariado y esclavizante, la industria de la cultura totalizadora y homogeneizante, la generación de pensamiento crítico y de nuevos modos de vida, de nuevas estrategias de lucha y denuncia...? ¿no criticamos sin parar la política del “tiempo libre” después del trabajo y

atenciones familiares, la que no tiene en cuenta los procesos concretos y materiales que operan en nuestras existencias?

Es desde el placer por revolucionar los micro-elementos que ordenan la vida existente donde las feministas (ya por los años 70) apuestan por el reto de aquello de “lo personal es político”: recobrar la materialidad de la política para pensarla como un continuo de elementos que juegan un papel importante en la propia vida. De ahí el empeño por pensar cuestiones que generalmente se pasaban por alto y tienen que ver con la educación, con la sexualidad, con la conformación de los cuerpos, tanto el sistema sexo/género/deseo como el imaginario social, con el cuidado, la sostenibilidad de la vida, con el propio ocio. El carácter subversivo de este placer en politizar lo cotidiano en nuestras vidas, sobre todo en la lucha feminista y en el trabajo de algunos grupos de mujeres, en hablar y develar el universo de “lo personal”, se ha visto muchas veces despreciado por ciertas lecturas que las relegaban a la mística de la feminidad. ¿Qué tiene esto de malo? El trabajo es y ha sido, entre otras cosas, el hacer consciente de manera colectiva las estructuras sociales y psicológicas que nos han conformado en la feminidad, desvelar los deseos y temores que desde ella se generan. Con el gesto altivo del “me cago”, de paso se despreciaba el potencial subversivo de cuestionar cuáles son los mecanismos de producción del deseo y cuáles son las posibles transformaciones colectivas del mismo.

Estas incomprendiones, incomunicaciones o “malas sombras” han llevado a desvalorizar el contagio que el feminismo estaba produciendo en la forma de entender la política en otros espacios, el empeño en transformar toda política que no tuviese en cuenta la condición transversal de cuestiones como la sexualidad, la educación, los comportamientos cotidianos, los roles sociales, el lenguaje o las relaciones afectivas y desplazando en muchas ocasiones las propuestas feministas hacia el terrible formato tipo “la cuestión de la mujer” o “el tema de la mujer”. Síntoma claro de haber dejado de tomar en serio el trabajo feminista (si es que alguna vez se llegó a considerar realmente). ¿Quién dijo que el feminismo ya no tiene vigencia, que su lucha está trasnochada?

En estos tiempos de crisis de las antiguas estrategias de los

movimientos sociales frente a las incesantes transformaciones de nuestra sociedades postindustriales y globalizantes, y ante la dificultad que nos supone una ruptura con cierta “moralida antagonista” que parece situarnos siempre fuera y contra todo (el famoso guetto alternativo y autorreferencial y autocomplaciente, con sus normas de lo que está bien y lo que está mal) y la creación de proyectos y modos de vida en lucha que vayan más allá de las dinámicas de acción-reacción o ataque-respuesta, no deben acabar con el empeño subversivo por transformar nuestras vidas desde la alegría, el placer y el deseo colectivo, y ahí es donde pienso que el trabajo feminista sigue siendo una herramienta valiosísima y nada despreciable para entendernos un poco más y entender este mundo-prisión altamente tecnificado y dinámico en el que (sobre)vivimos.

Siendo sinceras, si no queremos implicarnos en proyectos colectivos que cuestionen este sistema en ccualquiera de sus producciones, por lo menos dejemos de tirarnos piedras las unas a las otras y aprendamos a respetarnos de verdad de una vez, porque ciertas actitudes de desprecio (ya no sólo de incomprensión) son totalmente reaccionarias porque intentan boicotear cualquier intento de respuesta o actitud transformadora que cuestione este sisstema, en cualquiera de sus manifestaciones. Ninguna lucha es más importante que otra, acabemos con el mito de la jerarquía de luchas que sigue reproduciendo la división entre lo público y lo privado, dando muchas veces prioridad a lo urgente antes que a lo importante.

EL FEMINISMO VIVE...¡¡¡LA LUCHA SIGUE!!!

Susana, [mantisafu\[nospam\]yahoo.es](mailto:mantisafu[nospam]yahoo.es)

Alasbarricadas.org



Rompiendo imaginarios: maltratadores políticamente correctos

Barbara Biglia y Conchi San Martín

El imaginario creado en torno a los maltratadores se constituye como un mito que los perfila como seres irascibles, toscos, con problemas de drogas o alcohol, de bajo nivel educativo, ignorantes, violentos, faltos de habilidades sociales, trastocados, fracasados y/o que han recibido maltrato de niños: sujetos más allá de la bienpensante normalidad. Así las cosas, las mujeres que inician una relación con ellos deberían saber o por lo menos intuir lo que les va a tocar aguantar y, por tanto, podrían considerarse parcialmente responsables de su propio maltrato (San Martín en este volumen).

El trabajo de asociaciones de ayuda mutua y de grupos feministas de diferentes partes de planeta (Soriano; Tamaia, en este volumen) ha conseguido, por lo general, desenmascarar esta visión. Gracias a esto, hoy en día, mantener esta caracterización del maltratador en los análisis teóricos o políticos está mal considerado y puede ser leído como sinónimo de ignorancia y atraso cultural. Sin embargo, esta imagen sigue persistiendo, constituyéndose en una realidad que circula en lo cotidiano. Esto conlleva que, por ejemplo, cuando descubrimos que alguien conocido y respetado ha maltratado a su pareja, de manera casi instantánea nos surge la necesidad de justificar, explicar..., tranquilizarnos pensando que fue tal vez un rapto de locura lo que le pudo haber llevado a perder el control, que la agredida de alguna manera desencadenó la ira o no supo prever la reacción...

La presentación desde los medios de comunicación de las noticias de malos tratos (Nadali y Gordo López en este volumen) casi siempre se acompaña de un apoyo en los testimonios de los vecinos que ofrecen una misma visión: nadie podía sospechar del agresor pues se trataba de una persona

agradable, trabajadora, simpática, educada, respetable, y toda una larga serie de epítetos para definir un sujeto «perfectamente normal» que ha, inexplicablemente, enfermado. La incredulidad y sorpresa de estos testimonios muestra cómo, aunque las investigaciones hayan demostrado con claridad que no hay patrones que aúnen a los maltratadores, en nuestro día a día nos resistimos a creer esta realidad y mantenemos el imaginario del monstruo y de la mujer desamparada.

Contemporáneamente, desde los ámbitos politizados, ya sea desde partidos o grupos de izquierda como desde movimientos sociales (MS), aparece otro imaginario muy poco analizado: el creer que en el fondo los maltratadores son unos reaccionarios y sus compañeras mujeres débiles y sin apoyo social. Esto comporta que, desde los ámbitos activistas y/o de extrema izquierda, en los que la igualdad de género es teóricamente deseada y llevada a la práctica (sobre la persistencia de las discriminaciones en estos ámbitos: Biglia, 2003; Alfama, Miró, 2005), nos sintamos de algún modo inmunes o protegidas. Desafortunadamente, a raíz de nuestra experiencia personal, de años de debates en colectivos de feministas autónomas de diferentes partes del mundo, así como de charlas y tertulias informales con amigas/ activistas, nos encontramos con que este mito es completamente falso. Así lo apoyan también las informaciones recogidas en el trabajo de tesis de Barbara: el 17,9% de activistas de movimientos sociales que respondieron a un cuestionario en red afirmaban que en espacios del movimiento se verifican episodios de abuso (de forma no aislada o en situaciones de borrachera-des- fase) y otro 26,4% afirmaba que situaciones de este tipo se producen en casos aislados o por parte de gente de un entorno más amplio (Biglia, 2005). Otra confirmación la encontramos en el testimonio de activistas chilenas que denuncian cómo algunos compañeros de la guerrilla antipinochetista descargan hoy su agresividad martirizando a sus compañeras: Yo creo que el hombre en el tiempo de la dictadura fue sumamente combativo y otra cosa es que durante la dictadura el problema era Pinochet y todo su aparato represivo; además, en tiempo de dictadura aquí en Chile como que no había otros problemas, como que el único problema que había era Pinochet y producto de Pinochet la pobreza, la sesantía (además que no se hablaba) y este tipo de cosas me entiendes. Y

llega la democracia y tú te das cuenta de que un excelente dirigente es una mierda en su casa, golpea a su mujer, abusa de niños sexualmente. (GR1CH)* Los ejemplos podrían ser muchos y todos tristemente idénticos a sí mismos. Creemos que los motivos que llevan a algunos activistas a ser violentos con sus compañeras son los mismos que se dan en otros ámbitos; así que no nos interesa de modo particular lo que pasa en la cabeza de estos «supermilitantes» maltratadores ni tampoco cómo pueden vivir en la contradicción de una actitud pública perfectamente politically correct y una realidad de violencia privada impresionante. Lo que sí queremos empezar a investigar son las características peculiares de implementación y justificación de estas situaciones, pues creemos que la posibilidad de que estos actos se sigan perpetrando, y con frecuencia impunemente, es responsabilidad de todas nosotras. Como subraya en un comunicado la Asamblea delle Compagne Femministe di Roma (2000) —en respuesta a un abuso sexual y que, a nuestro entender, podría fácilmente ser ampliado a cualquier situación de violencia de género y/o abuso—: No sólo es cómplice quién defiende explícitamente al violador sino también quien, hombre o mujer, fomentando dudas, difundiendo voces, deslegitimando la palabra de las mujeres, crea un clima en el que los violadores siguen manteniendo la libertad de moverse tranquilos por la ciudad. Cómplice es también quien en nombre de la «razón de Estado» y de la prioridad de la política deja intactas e inalteradas las condiciones, los lugares, las dinámicas en las que la violación ha ocurrido. Cómplice es también quién transforma la violación ocurrida tras los muros domésticos en una simple «falta de tacto» de un hombre hacia una mujer, particularmente sensible, en la regla de un ámbito privado en el que cualquier límite está en suspenso.

En este contexto la segunda afirmación resulta particularmente relevante por cuanto muestra cómo todavía cuesta enormemente que la lucha, en lo teórico y en lo práctico, contra las discriminaciones y violencias de género se considere en la agenda de los MS como elemento político importante. Al situarse/ser situadas en lo supuestamente privado de las relaciones, adquieren un valor subsidiario frente a la política de los espacios públicos.

* Los testimonios así marcados han sido recogidos en el marco de la fase

empírica de la tesis doctoral de Biglia (2005).

Un elemento, como mucho, a ser tratado por «las feministas» como dice Micaela (España)*: Cuando hay un colectivo de mujeres [...] todo lo que tiene que ver con el sexismo se deja en manos del colectivo [...] y el resto del mundo no tiene que preocuparse de nada porque ya lo harán ellas. Entonces a la gente que en el fondo menos le cala y menos le interesa esto del sexismo y del feminismo [...] le viene muy bien porque en su movimiento hay una imagen, «porque mi movimiento también es feminista porque están éstas para presentarla delante cuando haga falta», y el resto de las cosas pues se quedan igual que antes.

Por tanto, nos interesa empezar a pensar, sin ánimo de contestarlas de manera definitiva, estas cuestiones: ¿por qué es tan complicado darnos cuenta de los maltratos que ocurren a nuestro alrededor?, ¿cuáles son las dinámicas y procesos que permiten impunemente mantener una doble faceta de encantadores y maltratadores?, ¿por qué las mujeres feministas no son capaces de dejar estos tipos y hacer conocer a las demás la realidad de su vida privada?, ¿por qué si ellas empiezan a hablar son pocas las que están dispuestas a escucharlas y creerles? Escribimos este texto a sabiendas de las críticas y polémicas que traerá consigo, pero con la esperanza de que estas simples reflexiones sirvan de estímulo para el debate y como primer punto de apoyo para compañeras que estén pasando por esta experiencia. Dedicamos así estas líneas a todas aquellas que han conseguido salir de situaciones de violencias de género, a todas las que las han ayudado y, por supuesto, a aquellas que aún no han encontrado suficientes fuerzas y apoyo para hacerlo.

EL MITO DEL MACHO Y LA COHESIÓN DE GRUPO

[¿Cómo podría un movimiento] «movilizarse como una fuerza política transformadora si no comienza interrogándose acerca de los valores y las normas internamente asumidos que pueden legitimar la dominación y la desigualdad neutralizando «diferencias» particulares?»

A. Brah, 2004

En primer lugar queremos remarcar cómo, desafortunadamente, aún en

muchos ámbitos del activismo el imaginario del «buen militante» toma un carácter casi caricaturesco en algunas figuras prototipo (Subbuswamy y Patel, 2001). De una parte, tenemos una representación extremadamente parecida a la que del mismo dan los medios de comunicación: «joven hombre blanco con capucha negra con propensión a la violencia» (Alldred, 2000). Sus características serían la fuerza, la intrepidez, la decisión, la osadía y, sobre todo, como dice Silvia (Italia)*, la capacidad de esconder todas sus posibles contradicciones. Por otra parte, encontramos el tipo intelectual, que se muestra como alguien con una buen bagaje de conocimientos teóricos (o por lo menos con facilidad para aparentarlos), una fuerte capacidad de convicción, dotes organizativas y de mando, y tendencia al liderazgo. Aunque «este modelo» tiene actitudes más sofisticadas sigue manteniendo dotes de masculinidad clásica (Jorquera en este volumen); podríamos decir que mientras los primeros se acercan más a la idea normativizada de masculinidad de clase social baja, estos últimos serían más parecidos a los varones aristócratas, más refinados pero no menos peligrosos en sus actitudes machistas.

A nuestro entender, la asunción de ambos roles enmarcados en los canales de la masculinidad normativizada puede desembocar en situaciones de maltrato, en su vertiente más física o más intelectualizada. De manera física, con palizas o intentos de violaciones (o baboseos) —ocasionales o continuos—. De manera «invisible», con la creación de relaciones de dependencia, inferiorizando a las compañeras y «haciéndolas creer» que sin ellos ellas no son absolutamente nadie (para un testimonio en este sentido: Nopper, 2005).

Pero hay más, las situaciones de maltrato pueden ser de difícil reconocimiento cuando su «protagonista» no corresponde al imaginario del maltratador; así, por ejemplo, nos lo muestra la campaña por parte de la Association contre les Violences faites aux Femmes au Travail (<http://www.avf.org>), en contra de un profesor universitario profeminista que sigue ejerciendo sin problemas a pesar de varias denuncias de acoso a sus alumnas y colaboradoras. Por otra parte, los grupos de activistas están y/o se sienten frecuentemente amenazados desde el exterior y como estrategia de defensa tienden a buscar una cohesión interna que pasa, con

demasiada frecuencia, por una identificación identitaria y una reducción de las posibilidades de poner en duda cualquier dinámica interna de discriminación (Apfelbaum, 1989; Biglia, 2003). Bajo estas circunstancias puede que haya resistencias a reconocer la existencia de maltrato por parte de un activista en cuanto ello podría convertir al grupo minorizado en blanco de críticas de otros espacios externos. Probablemente a este tipo de lógica responde, por lo menos en parte, el vergonzoso desenlace en torno al homicidio de H el ene Legotien por parte de Althusser (Rendueles en este volumen). Finalmente, el maltratador se puede amparar y justificar en nombre del peligro (real o imaginario) que conlleva su activismo, de la represión que est a recibiendo, que ha recibido (como en el caso de los activistas chilenos citados anteriormente) o podría recibir, o del estrés de su posición de superhéroe, etc.

Elementos utilizados para justificar sus ataques, para reivindicar/ exigir un cuidado omnicomprendivo (ya que ponen tanto de sí en la lucha necesitan el «descanso del guerrero») o, finalmente, para acusar (expresamente o de manera latente) de connivencia con el sistema represor a aquellas mujeres que no quieran prestarle estos servicios, se quejen de los malos tratos o intenten denunciar la situación.

Digamos que el maltratador encuentra razones para su justificación, pero  qu  ocurre con el entorno?,  c mo se perciben estas dinámicas? Este testimonio, recolectado por las autoras en una charla privada con una compañera y amiga (2005), deja constancia de la dificultad de reconocer estas dinámicas a partir de su experiencia como mujer maltratada y como activista en el mismo grupo en el que estaba su pareja: Tuve una larga relación de maltrato con un militante heroico, seductor, con carisma. Conseguía que cualquier crítica interna se convirtiera en un ataque a la causa, pero  c mo cuestionar a quien constantemente nos demostraba que se dejaba la piel en el intento, en la lucha?,  c mo cuestionar a quien parecía tener la experiencia y la lucidez como para guiar al resto? Así se daba el cambiazco mortal: el que criticaba era culpable, la «gracia» estaba en que llegara a sentirse así. Se devolvía, en una carambola de espejo, el cuestionamiento hacia el otro, siempre más frágil, siempre menos valiente, menos heroico, menos comprometido, m s egoísta... Esta persona se

dedicaba a atacar, en esa técnica de atacar sin que lo parezca a las mujeres. ¿Quién iba a creer (entre ellas yo misma) que esa persona fuera un maltratador?

Así, criticar a un «buen compañero» tiene con frecuencia la contrapartida de recibir la acusación de estar haciendo el juego al sistema y de no entender que hay problemáticas más importantes a afrontar; y las mujeres que se han atrevido a esto son acalladas, escarnecidas, ignoradas, excluidas, cuando no amenazadas— y acusadas de ser cómplices de los adversarios políticos.

Hace pocos años presenciábamos un caso de este tipo en Cataluña. Cuando una activista explicó su situación de maltrato por parte de su ex compañero, un reconocido activista, la respuesta generalizada fue de fuerte escepticismo. Dentro del movimiento se crearon dos bloques enfrentados (quienes la creían y la apoyaban a ella, y quienes le creían y le apoyaban a él), y tal vez lo peor: algunas de las personas se posicionaron sólo por lo que habían oído decir o por proximidad política con el/la activista en cuestión. Hablando con algunas de las mujeres que apoyaron a la activista «denunciante», nos comentaban la sensación de tristeza, de soledad y de rabia al ver cómo personas con las que habían compartido años de militancia antifascista, anticapitalista, autogestionada, etc., se podían mostrar tan cerradas e inflexibles cuando los discriminadores eran sus propios amigos. Es obvio que, especialmente cuando conocemos a las personas implicadas en una situación de este tipo, mantengamos una cierta precaución antes de formarnos una idea precisa sobre los hechos. Pero nos parece que tal vez las precauciones hacia el «supuesto maltratador» son desmesuradas en comparación con otras situaciones. De hecho, por ejemplo, en el caso de que alguien haga público el haber recibido una paliza por parte de otros por divergencias políticas, nadie pondrá en duda que esto haya ocurrido y la persona no deberá explicar miles de veces todos las particularidades del evento en correcta y precisa sucesión, ni justificar por qué el puñetazo recibido debe considerarse violento. En cambio, en el caso de que una activista sea maltratada por un activista se desarrolla un fenómeno cuanto menos curioso: la mujer que se atreve a «denunciar públicamente» antes de poder «demostrar la culpabilidad» de la

otra persona debe primero defenderse de la acusación de mentirosa, rencorosa e histérica (y aun así no siempre funciona como, por ejemplo, nos detalla Rendueles en este mismo volumen). Con frecuencia, hemos oído comentarios del tipo «si fuera verdad y ella no tuviera nada que esconder vendría aquí al colectivo a explicarnos exactamente lo que ha pasado; mejor podrían venir los dos, así con la confrontación sabríamos quién tiene razón», que muestran una clara insensibilidad hacia las dolorosas dinámicas del maltrato y las dificultades para superarlas. Nadie se plantearía, por ejemplo, obligar a un compañero que ha sido torturado y/o violado por algún organismo represor a contar con pelos y señales lo ocurrido delante de todos los grupos a los que se pide la participación en una campaña de denuncia-solidaridad. Esta doble moral hace suponer tres cosas: la primera, que es fácil reconocer los errores de «los enemigos», pero que la protección del «nosotros» resulta aún muy fuerte; la segunda, que todavía las palabras de las compañeras tienen menos credibilidad que las de los compañeros; y la tercera, que el maltrato aún se percibe como una experiencia personal en los espacios privados y no como parte de un proceso político. Cuando además los malos tratos son de tipo psicológico, la situación se complica aún más, por la imposibilidad de «probar» lo que ha pasado: no hay marcas físicas y se trata de situaciones de abuso sutil cuyo resumen las vacía de sus matices más cruentos y devastadores. Así, como sugiere una compañera de la Eskalera Karakola (sin fecha): Otro salto que hay que hacer posible es la atención a la mujer que ha sufrido la agresión [...]. Primero, para entender y aprender cómo se experimenta la agresión [...] y no tener miedo al intercambio y al fantasma del morbo. Cuando se producen agresiones hay que crear grupos de apoyo, de intermediación y seguimiento porque una vez ocurrida la agresión, quien la sufre sigue circulando por ahí y tiene mucho que digerir.

Nada de invisibilizar sino saber, conocer cómo se siente la agredida, cómo define la violencia y actúa en su contra, contra la violencia del momento y contra la de los momentos posteriores. Enganchar con el ritmo y las exigencias de quien la vive. En este sentido, un intento de encarar esta problemática reconociendo que aún tenemos mucho por aprender (lo que es un buen principio) son las recomendaciones por parte de la red activista

People Global Action Europe (PGA, 2005) ante situaciones de malos tratos dentro de los colectivos.

YO, MUJER FUERTE: SOLA ENTRE MUCHAS

Otra imagen a derrumbar para una superación de los malos tratos dentro de los grupos activistas es la de que una mujer, para ser feminista o para ser no sexista, debe haber superado todas las limitaciones de una cultura heteropatriarcal; que una mujer liberada tiene que parecerse al estereotipo del hombre blanco moderno: independiente, fuerte, activa, segura de sí y, además en el caso de las militantes, exenta de contradicciones (para un testimonio: Anónima, 2004). Este imaginario lleva a activistas maltratadas a tener extremas dificultades en reconocer su dependencia de un hombre y su poca fuerza para salir de una situación abusiva. Así, por ejemplo, lo remarca el testimonio de esta activista norteamericana: La incomodidad asociada a decirle a la gente que has sufrido un abuso, o como en mi caso, que has estado en una relación abusiva, aumenta por las respuestas que recibes de la gente. Más que simpatizar, mucha gente estuvo como decepcionada conmigo. Muchas veces me dijeron que estaban «sorprendidos» de que me «hubiera metido en esa mierda» porque lejos de ser una «mujer débil» era una mujer «fuerte» y «política». (Nopper, 2005)

De alguna manera seguimos sintiéndonos culpables o inferiores por estar soportando una situación de este tipo y nos da mucha vergüenza admitirlo, aparte del miedo a hacerlo. A nuestro entender, esta característica se debe a una mala comprensión, que queremos denunciar aquí, de lo que es el feminismo. Ser feministas o ser una mujer activista no implica, afortunadamente, no necesitar apoyo de nuestras amigas y amigos, ni ser completamente autónoma ni tener que resolver cualquier problema personal sólo individualmente. Más aún, desafortunadamente, todas reproducimos formas de dependencia heteropatriarcal y algunas veces nos comportamos de modo sexista. Reconocer limitaciones y contradicciones, compartir nuestros malestares en el diálogo con unas y otros, pedir ayuda, consejos, soporte, son prácticas feministas que nos pueden ayudar a crecer tanto a nivel individual como de manera colectiva. Romper la imagen de

mujer fuerte y dura pase lo que pase, vivírnos en nuestras múltiples facetas, performándonos de manera diferencial según las ocasiones y los momentos, son prácticas de subversión y desarticulación del heteropatriarcado que nos quiere construir como subjetividades individualizadas.

Obviamente, abatir las barreras de la soledad (que pueden existir aunque tengamos muchas amigas) y de lo privado no es una tarea fácil y, por supuesto, no incumbe exclusivamente a las que están en situaciones de abuso, sino que debería ser un trabajo político y colectivo que nos implique a todas y todos para dejar de ser, como decían las compañeras de Roma (cita más arriba), cómplices de nuestro silencio o ceguera.

Las barreras —como hemos ido señalando— son múltiples, e insistimos, toman especial fuerza al seguir considerando el maltrato expresión de relaciones privadas. Así, delante de sus manifestaciones, nos encontramos frecuentemente con una extrema indecisión e incertidumbre sobre las posibles acciones a realizar y tendemos a asignar a la mujer la responsabilidad última de la respuesta a esta situación, como muestra este extracto de entrevista con Paloma (Chile)*:

P: [...] Yo quedé impactada con la actitud de un compañero que se llena la boca con lo de la igualdad social y el respeto mutuo. Anoche fuimos a comer pizza y su esposa [...] pidió la pizza y [...] no eran las que él quería [...] y le dijo «pero cómo se te ocurre pedir esta huevada mala» y no comió y nos echó a perder toda la tarde porque él quería una pizza y la trató como un déspota...

B.: ¿Nadie dijo nada?

P.: No, o sea algunos de nosotros como que le dijimos ya [...] pero no fue como algo «oye corta el juego». Es que también ella debería haberle parado los carros, pero se quedo callada y estuvo a punto de llorar entonces, como superresignada.

A pesar de algunas interesantes campañas, generalmente llevadas a cabo o por lo menos iniciadas por colectivos feministas en respuesta a situaciones concretas, el maltrato, y en concreto el que se desarrolla dentro de los espacios del movimiento, no ha sido todavía objeto explícito de debate político profundo en los movimientos sociales. Esto nos lleva a situaciones

de enorme fragilidad e incertidumbre que se constituyen en dificultades para reconocer y actuar. Como hemos podido constatar a través de conversaciones privadas, en diferentes ocasiones en que colectivos de feministas autónomas han iniciado campañas de respuesta ante agresiones generizadas por parte de algún activista, se han enfrentado también a muchas contradicciones, dudas y, obviamente, a una cantidad de críticas que han sido tremendamente dolorosas. La falta de debate sobre el tema, las pocas campañas realizadas, el fuerte obstruccionismo al que se han visto por lo general sometidas, y el hecho de tener que intentar maneras de actuar que sean incisivas pero que no despierten rupturas en el movimiento no ha permitido desarrollar líneas de intervención. Esto, aparte de requerir muchas energías, convierte a veces las campañas en poco efectivas. Por ejemplo, en Cataluña, hace unos años, una mujer explicó la situación abusiva en la que estaba viviendo y no hubo capacidad de arroparla suficientemente ni de protegerla de la situación. Finalmente esta activista no tuvo más remedio que denunciar al maltratador al sistema judicial, siendo entonces acusada de «traidora». Nos preguntamos: ¿cómo se pueden juzgar las actuaciones de las personas por pedir ayuda externa, si no somos capaces de asumir colectivamente la responsabilidad en la solución de la problemática?

ALGUNAS REFLEXIONES DE CONCLUSIÓN

¿Cuál es la finalidad de este escrito? Simplemente la de servir para mirar hacia nosotras y hacia nuestras compañeras, para que se acabe con las dinámicas de los malos tratos y que juntas podamos arrinconar a quienes se creen con derecho a realizarlos.

Lo que esperamos es que genere polémica, que se considere el maltrato como una cuestión política sobre la que nos debemos posicionar y frente a la que debemos actuar. Quisiéramos que las activistas que pasan por esta experiencia no se sientan solas, ni poco feministas por lo que les está pasando, sino que descubran que es algo que ocurre más de lo que se dice y que la solución debe ser colectiva. Por ello hay que encontrar fuerzas para hablar, compartir la experiencia de maltrato con una amiga es un primer

paso para salir de él. Por otra parte, esperemos que, cuando una mujer lance señales de lo que le está ocurriendo, las personas que estén a su lado intenten percibir las y, a partir de ello, le puedan ofrecer el apoyo necesario, sin que se desaten respuestas de rechazo, de juicio y ataque, sino que haya escucha y acogida.

Aunque nos parezca exagerada la expresión «cada hombre es un maltratador en potencia», es importante reivindicar que el imaginario del maltratador con que iniciábamos este escrito nos desvía de la posibilidad de reconocer el abuso en todas sus formas y expresiones. Esperamos además que se entienda que aunque «reconocidos activistas» puedan ser maltratadores, físicos o psíquicos, en realidad quien maltrata no es y no puede ser un compañero.

Ser capaces de ver más allá de la imagen, de lo aparente y desarticular los imaginarios de género, así como los que circulan alrededor de las «identidades militantes», es —a nuestro entender— una práctica necesaria contra las violencias de género.

Texto publicado en “Estado de wonderbra” - Entretejiendo narraciones feministas sobre las violencias de género, Virus ed.

Referencias bibliográficas

ALFAMA, E. y MIRÓ, N. (coords.) (2005): Dones en moviment. Un anàlisi de gènere de la lluita en defensa de l'Ebre. Valls: Cossetània.

ALLDRED, P. (2002): «Thinking globally, acting locally: women activists' accounts». *Feminist review*, 70, pp. 149-163.

ANÓNIMA (2004): «Amor y Respeto, ¿si no qué?». *Mujeres Preocupando*, 4, pp. 46-48.

APFELBAUM, E. (1989): «Relaciones de dominación y movimientos de liberación. Un análisis del poder entre los grupos». En J. F. Morales y C. Huici (eds.): *Lecturas de Psicología Social*. Madrid: UNED, pp. 261-297.

ASSEMBLEA DELLE COMPAGNE FEMMINISTE DI ROMA (2000): La cultura dello stupro é viva e lotta insieme a noi. En <http://www.tmcrow.org/-sessismo/assfemmroma.html>.

BIGLIA, B. (2003): «Modificando dinámicas generizadas. Estrategias propuestas por activistas de Movimientos Sociales mixtos». *Athenea*

Digital,

4. <http://antalya.uab.es/athenea/num4/biglia.pdf>. (2005): Narrativas de mujeres sobre las relaciones de género en los movimientos sociales. Tesis doctoral. BRAH, A. (2004-1992): «Diferencia, diversidad, diferenciación». En b. hooks, A. Brah y otras (2004): Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras. Madrid: Traficantes de sueños, pp. 107-136.

COMPAGNI DEL CENTRO SOCIALE «MACCHIA ROSSA» MAGLIANA (2001): Sulla violenza sessuale. Documento del CSOA Macchia Rossa di Roma, <http://www.tmcrew.org/sessismo/macchiarossa.html>.

ESKALERA KARAKOLA (Desde la) (sin fecha): Espacios Okupados, espacios con cuidado, http://www.sindominio.net/karakola/agresion_labo.htm.

NOPPER, T. K. (2005): Activist Scenes are no Safe space for Women: on abuser of activist women by activist men. En http://www.melbourne.indymedia.org/news/2005/02/87132_comment.php.

PGA (2005): In case of physical or psychological violence. En <http://www.all4all.org/2004/12/1362.shtml>.

SUBBUSWAMY, K. y PATEL, R. (2001): «Cultures of domination: Race and gender in radical movements». En K. Abramsky (ed.) Restructuring and Resistences. Diverse voices of struggle in Western Europe, publicación del autor, pp. 541-3.

WATCH TOWER BIBLE AND TRACT SOCIETY OF PENNSYLVANIA (2001): «Indicadores de riesgo. Ayuda para la mujer maltratada». Despertad!, 8 de noviembre de 2001. También en http://www.watchtower.org/languages/espanol/library/g/2001/11/8/article_02.htm.



Per què parlem de sexisme als espais alliberats?

. Perquè vivim a una societat capitalista i patriarcal, basada en l'imperi del mascle sobre la dona, i hem estat educad.s en base a aquets valors. I perquè per a construir una alternativa a aquest sistema, el primer pas es canviar nosaltres mateix.s: la nostra concepció de la vida, les relacions, la sexualitat...La dificultat no està en teoritzar sobre el canvi, sinó en portar-ho a la pràctica. I aixó és precisament el que més costa.

.Perquè malgrat que som tots i totes les que combatim el capital, el feixisme i el sexisme (toma ya), encara hi ha alguns que compten més que algunes. Potser per costum, veterania o simple to de veu, a determinats llocs, assemblees, kafetes...s'escolta i es dóna més credibilitat a la veu d'aquests.

.Perquè no només volem alliberar espais, sinó també ments i actituds. I a les festes dels centres socials encara hi ha personal que s'allibera babosejant a les (no a els) de la barra per pur disfrute, o pitjor encara, perquè creu que és així com es lliga.

.Perquè **no som les novies ni les companyes de**, sinó que tenim prou entitat i personalitat per nosaltres mateixes. Però, al nostre alternatiu ambient, encara es parla de fulano com "aquell que és insubmís i está a tal col.lectiu" mentre s'oblida que fulana, a més de ser la seva parella, és tan insubmissa com ell però potser fa menys soroll.

.Perquè encara hi ha gent que creu que ser fort. significa anar de dur. I s'avergonyeix de mostrar debilitat en públic o menysprea a l.s que ho fan. I prou repressió tenim a sobre com per reprimir-nos les llàgrimes o la tristessa perquè hi hagi qui no les considera revolucionàries.

.Perquè nosaltres mateix.s , que en teoria tractem de trencar amb els tòpics i rols establerts de família, parella, relacions...seguim reproduint en ocasions el mateix repartiment de rols, la incomunicació i la incompreensió entre homes i dones.

Perquè a tot.s se'ns omple la boca de sexe segur, però encara es tristament

cert que, en molts casos (parelles estables, obertes, esporàdiques, trios, nits boges i demés), aquesta responsabilitat bàsica està lluny de ser compartida per totes i tots, i la iniciativa continuem assumint-la les que podem quedar prenyades.

.Perquè mentre a fora la societat avança cap a una major repressió de la sexualitat de l.s nen.s i ens vén que les dones ens hem alliberat perquè ja podem ser militars i agressores enlloc d'agredides; mentre continua la desigualtat de sexes, l'homofòbia i, en definitiva, la perpetuació de rols sexistes; mentre seguim patint el sexisme fins i tot als espais alliberats, encara hi ha qui no veu l'antisexisme com una lluita col.lectiva, necessària i urgent. O no entén perquè algunes dones escollim trencar amb aixó obrint espais de debat, d'acció, de festa...per a nosaltres soles. Serà perquè tenim més urgència?

Aquest text vol recollir les impressions, debats i discussions que moltes de nosaltres mantenim diàriament sobre el sexisme entre la penya i creiem que reflecteix prou bé la nostra realitat. No es tracta de fer crítiques destructives, sinó de trencar amb el que ens imposen amb una mica d'autocrítica sincera i rient-nos de nosaltres mateix.s.

Salut i antisexisme!

Text escrit per LES TENSES, col.lectiu feminista del c.s.o. L'Hamsa, publicat al Infousurpa, 1998.



Geometría, ideología y geografía de las relaciones de confianza

Apuntes sobre violencias de género. Antón Corpas

Geometría de la Confianza y el Derecho

Sí cogemos el dicho «las paredes hablan», la denominada sabiduría popular queriendo decir una verdad, engaña. Las paredes oyen, las paredes ven y las paredes saben, pero generalmente, las paredes callan mucho de lo que podrían decir. Las paredes tienen voz, vista y oído e incluso son sensibles al tacto, pero muy habitualmente prefieren cerrar los ojos, morderse la lengua o apartarse de tu lado.

Hay un espacio de derecho que se define, se construye, se destruye o se transforma en las relaciones de confianza: familiares y comunitarias (vecinales, amistosas, laborales...). De ahí mana una educación social y de género, una educación política y una educación sentimental, porque no solo hay que aprender cual es tu lugar y tu función, en que decides y en que te inhibes, también hay que aprender como sentir, para ser y sobrevivir. Así, un hombre que nunca forzaría a la «mujer de otro» lo hace sin reparos de conciencia con la «mujer propia», una mujer que se defenderá con uñas y dientes de un «extraño» soportará estoica la violación de su «propio marido», el mismo chaval que amenaza a otro por acosar a «mi hermana» se dará a sí mismo la potestad de acorralar «ese cuerpo», o una madre puede callar el grito en el cielo por una agresión siempre que el responsable sea «tu hermano». Para eso hay que aprender a sentir un hecho idéntico de maneras diferentes.

Esta es la geometría de la Confianza y el Derecho que, cuando se pasa de la familia a la familiaridad, se vuelve geometría variable. Entonces la verdad puede ser paranoia, la rabia o el temor susceptibilidad, y la cercanía en vez

de acercarse a distancia. No es raro que cuando una mujer denuncia el acoso o la agresión de un buen vecino o un buen amigo ella termine en la picota o marcada, por activa o por pasiva, como un problema. De la misma manera, los hechos que leídos en papel o vistos detrás del cristal de la televisión, son injustificables e indignantes, serán relativos o «diferentes» detrás de la puerta o al otro lado de la pared. No es una cuestión de estatus o ignorancia, o al menos no necesariamente. Baste recordar como Sigmund Freud diagnosticaba a Dora —hija de un mecenas editorial del psicoanálisis— «deseo edipal y polimorfismo de la conducta sexual», cuando la joven sufría un trastorno por el acoso sexual incesante de un amigo de la familia. El primer patriarca del psicoanálisis emitía así un juicio conveniente para la paz familiar de su amigo y colaborador financiero.

Como indican los datos del Centro de Apoyo a Víctimas de Agresiones Sexuales (CAVAS), es imposible hablar de violencia sexual sin referirse a las relaciones de confianza. Según este centro, que trata una cantidad pequeña del total de agresiones, de los 271 casos atendidos en 2005 más de un tercio (el 36,5%) corresponden a «conocidos por la víctima o que tienen algún tipo de relación con ella» y que el centro divide entre «conocido reciente» y «persona allegada».

Para agredir igual que para defenderse de una agresión, hay que sentirse con derecho de hacerlo, y para eso se requiere de convicción personal y de cierta protección social. El prototipo del violador que aún se dibuja en el imaginario colectivo, el sociópata del callejón, se mueve en una clandestinidad consciente de estar cometiendo un delito. En cambio, la agresión —del tipo que sea— de un esposo, un hermano o un amigo, se hace bajo el secreto y el amparo de la privacidad pero con una patente de parentesco o familiaridad, con la confianza en la cohesión, con la seguridad de la comprensión, la mediación o el silencio de la comunidad. Esto no significa la aprobación colectiva de determinados hechos, pero sí la facilidad para obviarlos o para, una vez visibles e ineludibles, priorizar la protección y la reproducción de la normalidad: que el padre siga siendo el padre, el hermano el hermano y el novio el novio.

Es dentro de esa conciencia de lo normal y lo subnormal —lo que puede

ocurrir debajo y protegido por la normalidad, incluso cuando vulnera preceptos y tabúes como el incesto o la pederastia— en la que un marido y no raramente un hermano, un abuelo, un primo o un vecino imponen un acto sexual, mediante coberturas teatrales como el juego, el cariño, la pasión o la seducción. Un contexto que permite hacer algo en contra, a pesar, o sin pensar en la voluntad ajena, con una absoluta tranquilidad moral y emocional, y además tener el privilegio de hacer daño «sin querer», «sin intención», «sin saberlo».

Los hombres que encuentran amparo moral y jurídico en el matrimonio o amparo social y moral en la familia o la comunidad para imponer una voluntad sexual sistemática o circunstancialmente, no actúan nunca, ni ayer ni hoy, por impulso de ninguna disfunción ética o psicológica, no lo hacen por una falla educativa o pedagógica, ni siquiera por mala intención, sino como hemos señalado mas arriba, «por derecho». De la misma manera que cuando una mujer no se defiende, no lo hace por debilidad mental o física o por alguna especie de choque psicológico, sino por una ausencia de derecho.

Ideología y violencia en las relaciones de confianza

Precisamente cuando decimos relaciones de poder hablamos de relaciones de derecho. El poder es mucho mas y es habitualmente diferente de la imagen del empujón, la bofetada, la sangre o los hematomas. Forzar a un cuerpo que se resiste, gritarle a un rostro que responde, afirmarse con un golpe contra una negativa, eso, no es exactamente el poder. Aunque sea la fuerza la que habitualmente permite imponer y normalizar una situación, el Poder en su pleno sentido está allí donde la fuerza no es necesaria, donde las cosas pueden precisamente «pasar» sin ningún conflicto visible ni previsible.

Ese 36,5% del que hablamos —y que yo diría que se queda corto— no es una acumulación de «errores» o de «anomalías» individuales, no es un porcentaje de amoralidad ni anormalidad, sino una prueba del buen funcionamiento de las relaciones de confianza como sordina y colchón de las relaciones de violencia. Al hablar de relaciones de violencia, nos

referimos también y sobre todo a la no-violencia de las formas de acoso y agresión sexual que no tienen por qué producirse en un escenario de golpes o fuerza física.

Ahí donde se produce la violencia sexual de manera normalizada, «privada» e invisible, es donde se presta más a equívocos y a la sofisticación del lenguaje y las interpretaciones. Será interesante pensar que si la violencia de género en las clases altas siempre ha tenido un componente psicológico y respetuoso con los estrictos «modales» de la alta sociedad, hoy, la importancia de los modales y las apariencias se trasladan también a las clases medias, que aprenden que en la no-violencia de las buenas formas está el secreto de la decencia y la distinción. O dicho de otra manera, la relación entre violencia, sutileza y buenos modos, que era patrimonio de las clases altas, se ha democratizado.

Por otro lado, en el debate académico y yo diría que incluso las controversias privadas en torno a la violación marital, siguen existiendo diferencias —que recuerdan a la infatigable y estéril discusión relativa a la humanidad del feto y la legitimidad del aborto— sobre si se requiere o no forzamiento y penetración para definir así la agresión. De alguna manera, esa postura que trata de analizar el hecho de manera aislada, y que exige que para definir una violación no solo halla un conflicto de derechos sino también una derrota física, requiere de que existan una persona fuerte y una persona débil.

Sí recordamos el caso de Nevenka Fernandez, ex-concejala que denunció en 2001 al alcalde de Ponferrada por acoso sexual, es antológica la postura del juez al poner en duda el relato de la denunciante, porque, y cito de memoria, «el aplomo con el que usted declara me indica que es una mujer fuerte y me cuesta imaginarla como una víctima». En esta misma polémica, el periodista Raúl del Pozo, el muy moderado, el muy progresista, entraba así al trapo: «A mi me parece que en esa oscura historia puede haber ocurrido de todo, pero el acoso sexual no es un diagnóstico atinado, ni tampoco el de abuso de poder. Ella tiene ese poder del apogeo de la belleza que es más poderoso que el de un alcalde» («Acoso», El Mundo 3/04/2001). Aunque sea entrar en el terreno de la obviedad, me consta, por

conocimiento directo, como hombres frágiles psicológica o físicamente mantienen una sólida posición patriarcal y de dominio, y de la misma manera, me consta que mujeres fuertes e inteligentes, en determinados momentos, han transigido o callado agresiones y relaciones sexuales no deseadas.

Esa noción de persona fuerte y persona débil, muy ideológica, muy del modelo de sabiduría neoliberal, casa igualmente con el mito de la violencia explícita y visible como la representación fundamental del dominio, y con la base de un discurso que quiere relacionar competitividad con igualdad de género. Son conceptos que, con un firme arraigo en el imaginario y las convenciones morales, emborronan fácilmente la realidad social de las relaciones de poder, y la propia visión del acontecimiento cercano y cotidiano.

Nueva geografía para viejas relaciones de confianza

Sin romper en absoluto con lo que contamos y con las viejas estructuras familiares y comunitarias, lo que venimos explicando se desplaza y adopta nuevas formas cuando los tiempos de vida están cada vez más fuera de lo privado, en el trabajo, el ocio, el espacio público o el ciberespacio.

Hemos dado un salto de una vida esencialmente alrededor del «hogar» en un sentido amplio, a una promiscuidad mercantil en la que se multiplican las formas y los lugares de familiaridad en la misma medida que se reducen la profundidad y el compromiso. Damos lugar, entonces, a una nueva dimensión, una zona de grises donde conviven la cotidianidad, la cercanía y el desconocimiento mutuo, que podemos definir como de relaciones de confianza y superficialidad.

Esto ocurre en mitad de una vorágine competitiva y sin que se haya producido una transformación sustancial de las relaciones sociales y de género. Podemos decir que hemos dado un salto pero no hemos hecho ni una ruptura, ni una revolución, ni una transformación, más allá de que hayan cambiado los espacios, los tiempos, las técnicas y las tecnologías. Así, pese a la individualización generalizada del plan de vida y a la destrucción de numerosos aspectos de los lazos comunitarios, seguimos

estando ante relaciones de poder sociales, sin que las modificaciones del estatus jurídico de las mujeres en general, y el acceso a otros trabajos o a otras opciones de algunas mujeres, hayan variado las líneas de continuidad de la dominación masculina.

A pesar de que en todos los discursos y en cualquiera de las retóricas (pública, privada, institucional o judicial), se ha impuesto un determinado sentido de lo políticamente correcto, en realidad, no hay un dato solvente y suficiente al que agarrarse para hablar de disminución de la violencia de género. Y quienes atribuyen el incremento del número de asesinatos de mujeres a manos de sus parejas o ex-parejas y otros datos por el estilo, a los «últimos y violentos» coletazos del viejo machismo, se equivocan. La historia y las relaciones de poder no son tan «progresistas» como nosotros.

Hemos dado un brinco y caído mas desnudos sí cabe en el mercado, pero mediados por las mismas relaciones de poder. Eso, que en líneas generales es la vida social convertida en guerra civil, en materia de género lejos de indicar una disminución de la violencia y las agresiones sexuales, hace mas que previsible su crecimiento.

Texto publicado en el blog “mambo.pimienta.org”, 2006.



“La lucha contra el sistema que nos rodea no es mas importante que la lucha contra lo que del sistema tenemos interiorizado”

Kim Ve Wong

DE GÉNERO Y TIOS DE LA “PEÑA” (o de como estamos de mierda hasta el cuello)

Hola nen, escribo estas palabrejas sin ganas de darle la chapa a nadie, con la única finalidad de desahogarme y en el mejor de los casos, si sigues leyendo, compartir contigo cierta inquietud o curiosidad. Sin rodeos, a lo que voy ya no es una cuestión de cómo nos afecta el patriarcado a los tios, no quiero entrar a analizar o a difundir ideas sobre las que hay mogollón de material escrito que, si te interesa, puedes consultar. Sabemos que funcionamos por estereotipos que nos asocian e identifican a grupos concretos dentro de la sociedad (hombre, blanco, okupa, hetero,...) y que nosotr@s, en un ambiente tan difuso como es el de la “movida” antagonista en Barcelona reproducimos mogollón de esos estereotipos rebosantes de mierda que hemos mamado desde pequeños.

Mi frustración, cabreo o inquietud, como le quieras llamar surge con encontrarme con varias situaciones a mi alrededor que se supone, que según el discurso, deberíamos tener superadas o como mínimo trabajar sobre ellas y que, muchas veces reproducimos los comportamientos más chavacanos del maromismo clásico. Me encuentro con colegas (tias) que son agredidas por sus parejas, física y psicológicamente, , me encuentro con colegas (sobretudo tios) que ocultan su homosexualidad, me encuentro que cuando se da algún debate sobre sexismo o patriarcado es sempre una iniciativa de las tias y las posturas de los tios son bastante patéticas, me encuentro con dinámicas mil que reproducen las desigualdades entre tios y tias, homos y heteros (ligoteo, roles en asambleas, rechazo a la pluma...), me encuentro con jerarquías informales que hace que tengamos una doble moral frente a diversas situaciones (credibilidad según la persona,

baboseo, acoso, agresiones...), me encuentro con que no tenemos mecanismos para afrontar todo esto y que ni siquiera tenemos un espacio, ni interés por crearlo, donde podamos hablarlo y buscarle salidas...

A mí se me plantean varias dudas, ¿Qué mecanismos desarrollamos que nos hacen pensar que tenemos derecho a decirle a otra persona (en este caso me refiero a nuestra pareja) lo que tiene que hacer?, ¿Por qué, en muchos casos, recurrimos a la fuerza o al chantaje emocional para conseguir lo que queremos?, ¿Por qué somos capaces de identificar sin ningún tipo de dudas cierto tipo de agresiones y otras no?, ¿Por qué no intervenimos con la misma contundencia frente a una agresión de género o de pareja en nuestro entorno más cercano?, ¿Cuando una persona se empareja, deja de ser persona?, ¿Consideramos las relaciones de pareja algo privado o una realidad política?

Aparte de que cada cual viva su sexualidad como le dé la gana, ¿por qué mogollón de tios de la “peña” no salen del armario?, ¿creamos las condiciones necesarias a nuestro alrededor para que se desarrolle nuestra sexualidad con total naturalidad?, ¿o si ves a un colega enrollándose con otro en medio de una fiesta sus abrazos no volverán a ser los mismos?

Vale, no queremos reproducir los esquemas que utilizan en sus relaciones nuestros padres o nuestros vecinos, , nosotros somos guays y no creemos en la pareja cerrada o en el patrón de familia nuclear, ¿nos limitamos a fingir una simple contraposición a esos esquemas, negándonos sentimientos que clasificamos como chungos (celos, compromiso, dependencia,...), o los sabemos identificar, los cuestionamos y intentamos currarnoslos?, ¿hasta que punto nos condicionan los “antiestereotipos” que hemos desarrollado?, ¿por qué infravaloramos cualidades que clásicamente se atribuyen a lo femenino: dulzura, cuidar de los demás, fragilidad...?, ¿está bien visto tener necesidades que consideramos convencionales?, ¿crees que hay un [ell@s](#) (fuera de la peña) y un [nosotr@s](#)?

Sin entrar demasiado en el tema, ¿cuando consideras que una relación sexual es satisfactoria?, ¿cuando te corres?, ¿cuando se corre?, follarse es penetrar?, ¿no es no, o si insisto un poquillo...?, ¿me importa lo que sienta o sólo busco correrme?, ¿le hechas fantasía en la cama (o donde te lo

montes), juegas, experimentas...?

Si tu pareja, esporádica o fija te pregunta “que sientes” ¿eres capaz de responder o te salta una bujía, un sudor frío recorre tu espalda y tu mente se bloquea?, ¿nos falta vocabulario para expresar lo que sentimos o simplemente ni nos lo preguntamos por lo tanto ni lo sabemos?

Bueno, podría seguir plantenado preguntas, y seguro que [tod@s](#) tenemos mogollón mas, pero tampoco creo que lo mas importante sea encontrar las respuestas. Para mí, y sé que estoy flipando, el objetivo ideal sería que fuéramos capaces de planteárnoslas [junt@s](#), que creáramos y fomentáramos espacios donde debatir y experimentar. Que hicieramos un curro personal y colectivo, sin distinción de género. Que explotáramos al máximo nuestra capacidad emotiva y sexual. Que aprendiéramos a dar respuestas a las agresiones de género de forma clara y contundente. Casi ná.

Si te interesa el tema hay una série de libros que te pueden molar:

“¿Que hace el poder en tu cama?”. Josep Vicent Marqués. Ed. Icaria

“Nuevas masculinidades”. [Vari@s](#) autoras/es. Ed. Icaria

“XY, la identidad masculina”. Elisabeth Badinter

“Los chicos no lloran”. Sue Askew y Carol Ross

“La dominación masculina”. Pierre Bourdieu

“Gender trouble”. Judith Butler

“Queer theories”. Anamarie Jagoda.

“Tengamos el sexo en paz”, “La pareja abierta”. Franca, Jacopo y Dario Fo.

También hay una série de autores/as que tienen publicados libros y artículos bastante interesantes: Robert Sly, Sam Keen, Luis Bonino, Beatriz Preciado...Y hay gente que lleva tiempo recogiendo información y haciendo archivos sobre el tema, si te mueves un poco seguro que lo encuentras.

Si tienes alguna aportación, pregunta, sugerencia, critica o insulto que me quieras transmitir acerca del escrito, escribe un emilio a [“de_genere@yahoo.es”](mailto:de_genere@yahoo.es).

Este texto fué difundido en 2004 en medios de contra-información como

Indymedia y en el fanzine "Bailamos?".



¿Quién teme a los procesos colectivos?

Apuntes críticos sobre la gestión de la violencia de género en los movimientos sociales

El discurso contra la violencia hacia las mujeres forma parte implícita y también explícitamente del discurso político general. La violencia machista es rechazada por el conjunto de la sociedad y todo el mundo parece reconocer que es un problema político de primer orden. Por supuesto, también los movimientos sociales recogen estos planteamientos y muestran abiertamente su propio discurso antisexista. Hasta aquí perfecto.

Os preguntaréis por qué estamos escribiendo este texto... Nosotras nos preguntamos por qué hay tantas agresiones dentro de los movimientos sociales y por qué tanta incapacidad para gestionarlas colectivamente. Nos preocupa el nivel de tolerancia que hay en los espacios políticos ante las agresiones y la naturalización/normalización de ciertas formas de violencia. Nos inquieta la incongruencia entre discurso y práctica y la falta absoluta de sensibilidad al respecto; lo que demuestra que es un tema de cuarta, si es que llega a considerarse como tema. Nos enfurece que dentro de los movimientos sociales actuemos como si nos hubiésemos creído lo de que las cuestiones que plantea el feminismo ya fueron asumidas por tod*s y por tanto, ya están superadas y son repetitivas e innecesarias. Y ello a pesar de que reivindicaciones básicas de hace más de un cuarto de siglo siguen aún en el tintero, y cuando las mujeres de todo el mundo sufrimos distintos tipos de discriminación que coartan la libertad de expresión, de pensamiento, la libertad sexual y de movimiento. No solo eso, hay un retroceso en las prácticas colectivas y en el discurso respecto a un pasado no tan lejano en Barcelona, hecho sintomático de que apenas quedan grupos feministas, lo que demuestra que, una vez más, eran solo las

mujeres las que se ocupaban de la violencia. Este retroceso en las prácticas colectiva no es un problema de los 4 babosos de turno, hablamos de un problema estructural y de una cuestión de responsabilidad colectiva.

Sin embargo, existe una gran dificultad para identificar las múltiples caras de la violencia contra las mujeres, así como para detectar los casos que pueden ser incluidos bajo ese nombre; este es un magnífico mecanismo para nadar y guardar la ropa, del tipo “la violencia está muy mal, pero esto justamente no es violencia”.

La violencia estructural contra las mujeres no es un concepto abstracto propio de los libros, ni una cosa de la vida de los otros, ajeno a nuestro micromundo en los movimientos sociales. La violencia estructural no son los cuatro abusos concretos en boca de todo el mundo, ni la suma infinita de agresiones que cada una puede constatar haber sufrido. Tampoco son aquellas acciones perpetradas por monstruos que vejan y apuñalan. El iceberg no sólo es punta.

Estamos hablando de pautas generalizadas de dominación que atraviesan la experiencia de ser mujer y todas las esferas de la cotidianidad: las relaciones personales, la percepción y el uso del espacio público, el trabajo, la autoridad reconocida, la percepción de los propios derechos o la ausencia de ellos, la relación con el propio cuerpo y la sexualidad, y así un largo etcétera.

La violencia estructural es un mecanismo de control sobre las mujeres, pero no solo como forma extrema, amenaza de castigo omnipresente que necesita ser provocada o desencadenada, sino que es una forma de relación normalizada y naturalizada y que por lo tanto puede ser ejercida sin necesidad de justificación.

Pero no estamos haciendo una disertación teórica, hablemos de casos concretos. En el último año han habido numerosas agresiones físicas y sexuales hacia mujeres dentro de los movimientos sociales, y una reciente la ha sufrido una mujer de nuestro colectivo: una violación en su propia

casa dentro del contexto político de Barcelona, por un habitante de la misma, que es uno entre tantos. Dicho sujeto se pasea tranquilo durante semanas, ajeno a cualquier movimiento que se pudiera estar cocinando por parte de ella, pues -angelito- ni siquiera era consciente de haber hecho nada malo... Pero se equivocaba. Ella quiso hacerlo público y plantearlo en un gran colectivo, con él presente, proponiendo su marcha inmediata. No solo porque lo ocurrido es una agresión hacia ella, sino porque es una cuestión política y colectiva de primer orden. Y este colectivo toma la decisión de que dicho sujeto ha de irse de la casa por una cuestión colectiva y política.

Nosotras valoramos positivamente una cosa, y es que hace mucho, mucho tiempo que no veíamos reaccionar así a una mujer, ni a un colectivo, teniendo en cuenta las dificultades que encontramos para gestionar grupalmente estas situaciones. En un inicio, nos sentimos muy satisfechas de que esta agresión no hubiera sido silenciada como tantas otras y obtuviera una respuesta. En este sentido, este caso es una excepción. Sin embargo, a partir de aquí sucedieron muchas cosas, cambios de discurso, de posiciones y decisiones. Con el paso del tiempo, lo que en un inicio fue considerado político terminó relegado al terreno de los conflictos personales. Siete meses después, se tomó la decisión de que el sujeto regresara a los espacios públicos de la casa. Más allá de esta cuestionable decisión, lo que nos parece grave es el proceso por el cual se llega a este resultado, en definitiva semejante a tantos otros.

Que los grupos (aunque una minoría) traten de buscar una respuesta ante los casos de violencia que se producen en su seno supone un paso hacia delante en la reflexión, la gestión colectiva y la erradicación de la violencia. Pero notamos que en líneas generales, y a causa de la falta de profundidad y sensibilidad a la que nos referíamos, las respuestas que suelen darse desde colectivos mixtos a nuestro entender son de mínimos, y a menudos sufren de algunos problemas de base que desvirtúan el proceso. Hablaremos aquí de tres de ellos que nos parecen particularmente graves:

· El primero, más recurrente y más influenciado por el trato mainstream de la materia, es el darle a los casos de violencia contra las mujeres un trato de problema privado y personal, a ser resuelto entre dos. Cuando lo que es denunciado como agresión se afronta como una cuestión personal donde intervienen emociones, o se lee como un asunto turbio donde no hay una verdad, sino dos experiencias muy distintas de una misma situación confusa, etc., entonces, perdemos la posibilidad de hacer política, que es al fin de lo que se trata cuando hablamos de violencia machista.

Hay incluso formas de trasladar el asunto a un plano personal dentro de una gestión colectiva. Por ejemplo, cuando se plantea cualquier trabajo del colectivo como hecho por y para la “víctima”, en vez de una tarea que el colectivo necesita para sí; cuando la intervención del grupo se plantea como una forma de mediación entre las “partes afectadas”; o cuando se define el problema como un asunto particular del colectivo a ser resuelto de puertas adentro, o lo que es lo mismo, la versión numerosa de los trapos sucios se lavan en casa. Es decir, colectivizar no es condición suficiente para hacer política.

Cuando tomamos decisiones o posicionamientos políticos, siempre está la posibilidad de recibir críticas y entrar en discusiones. De hecho son muchos los debates que siguen abiertos dentro de los movimientos sociales en Barcelona. Pero resulta que ante las situaciones de gestión colectiva de violencia contra mujeres, se levantan murallas contra las opiniones, críticas y planteamientos externos; se intenta mantener a toda costa fuera del debate colectivo. ¿Qué es lo que sucede? ¿Por qué tanto miedo al debate? ¿No será fobia enfermiza a las feministas? ¿O es que ni siquiera le estamos dando la categoría de asunto político?

· El segundo problema de la gestión de los colectivos no feministas de casos de violencia contra las mujeres consiste en trabajar a partir del engañoso esquema víctima-agresor, propio de la crónica de sucesos. De acuerdo con éste, hay un agresor, que es el hombre malo, el monstruo, la

excepción; y una víctima, la que necesita auxilio. Cuando el que tiene que ocupar el primer papel es un colega o compañero, tenemos muchos problemas para “colgarle la etiqueta”, y miedo a “demonizarlo”, porque además este esquema se plantea como un juicio integral sobre la persona. Pero, llamemos a las cosas por su nombre: agresión es lo que describe el hecho, agresor es el que la comete. Hacer esto no debería ser un obstáculo insalvable ni tampoco una opción reduccionista que niegue otras facetas que pueda tener una persona. Por eso, es mucho peor andarnos con eufemismos y relativismos.

Por el miedo a llamar a las cosas por su nombre pretendemos encontrar “otras explicaciones” o incluso justificaciones, del tipo “estaba borracho/drogado”, “ella se estaba insinuando, o se lo estaba buscando”, y también a cuestionar el grado de responsabilidad del agresor sobre sus actos, y así un largo etcétera. Como consecuencia de la inoperancia del esquema, solemos perdernos en juicios pormenorizados de los sucesos, como si ahí residiera la solución. Se traslada la discusión a factores externos o a detalles morbosos de los hechos en vez de abordarlo desde la comprensión de lo estructural de la violencia contra las mujeres y la necesidad de conservar una tensión y atención constantes para no reproducirla. Si no, ¿por qué cuando el caso concreto nos toca de cerca, los principios que en otras circunstancias serían incuestionables se desvanecen?

El segundo papel dentro de este esquema se le atribuye a la mujer agredida, con lo que se la sitúa en una posición de incapacidad: todo lo que diga o haga la “víctima” será leído en clave de reacción emocional, nerviosismo, impulsividad e indefensión. Las actitudes paternalistas y proteccionistas hacia la que ocupa el rol de víctima obstaculizan su participación en plano de igualdad en el proceso colectivo.

Entonces, reconocer la estructuralidad de la violencia machista es crear las condiciones necesarias para evitarla, y en último lugar responsabilizarnos cuando sucede en nuestro entorno. Pero a menudo esto

no se da porque asumir esa responsabilidad es abrirle la puerta a la posibilidad de reconocernos en los zapatos del agresor, lo que da pie a lamentables estrategias de corporativismo masculino, en el que los compañeros guardan silencio por miedo a que sus cabezas rueden junto a la del que está siendo señalado abiertamente en ese momento.

· Por último, en la práctica de la gestión colectiva de agresiones contra mujeres encontramos una jerarquización de intereses tácita, y en consecuencia una subordinación de todo lo referente a nosotras. Cuando lo que se prioriza por encima de todo es el consenso, en un grupo donde más de la mitad no tienen siquiera una reflexión propia previa y cuyo discurso pasa por simplificaciones precocinadas propias de cualquier telediario, y además estas opiniones se ponen a la misma altura que discursos fundamentados y sensibilidades desarrolladas a partir de un trabajo previo, entonces, nos dejamos arrastrar por la tiranía de lo mediocre, que conseguirá desvirtuar los argumentos y rebajar el discurso a un nivel de mínimos. Encadenar palabras grandilocuentes no significa articular un pensamiento elaborado.

El consenso aquí expuesto cumple dos funciones: mantener cierta cohesión en el grupo y dar una ilusión de legitimidad a las decisiones. Ante el riesgo de conflicto se agudizan los roles de género preestablecidos, que para las mujeres significa cumplir el papel de mediar, pacificar, comprender. Paradójicamente nos encontramos con que otras mujeres actúan priorizando la unidad del colectivo y el consenso mediocre, como si la agresión a una de nosotras no fuera en realidad problema de todas. Esto es a su vez pone de manifiesto lo arraigadas que están las formas heteronormativas en nuestro hacer: la definición de lo que es público y político se hace de acuerdo con los cánones del universal masculino, y así las mujeres asumimos discursos contruidos en esa clave y puestos en el centro bajo esa lógica y dejamos de politizar cuestiones que nos afectan por no aburrir o dar la nota, perpetuando la necesidad de aprobación de la mirada masculina y las formas de relación entre sexos. Otra vez nos vendieron la moto y nos dedicamos a cooperar para que nada cambie.

Como vienen diciendo las feministas desde hace décadas, es necesario hacer políticas las cuestiones que nos afectan a las mujeres, y no solo de palabra ni como coletilla. Si apostamos por los colectivos mixtos, coloquemos dichas cuestiones en el centro dándoles la importancia que tienen.

Siguiendo con lo anterior, los colectivos que asumen gestionar una situación de violencia de género han de hacer público su posicionamiento y permitir el debate para que sirva de precedente y que así se produzca una acumulación de experiencias (no partir siempre de cero). De lo contrario, estamos privatizando, restando trascendencia y practicando seudo política de auto consumo.

En definitiva, ¿qué vamos a hacer al respecto de todo lo expuesto? Lo peor del sexismo se reproduce en los movimientos sociales, pero no estamos asumiendo las responsabilidades colectivas para hacer una gestión adecuada de la violencia de género. Es evidente, pues, la necesidad de colectivos feministas así como de recoger el trabajo y las aportaciones que estos grupos vienen haciendo.

LasAfines

Aportaciones y comentarios a:

lasafines@hotmail.com

Texto publicado en el blog mambo.pimienta.org, 2007



ESPACIOS OKUPADOS, ESPACIOS CON CUIDADO

A propósito de una paliza sexual en el Centro Social Okupado El Laboratorio (Madrid)

Todas vivimos con rabia y dolor la violencia que los hombres imponen sobre las mujeres por esa división que hace y jerarquiza el mundo de los sexos. La agresiones contra las mujeres, recurso primero y último, atraviesa el dominio más allá de lo particular de las relaciones y de las restricciones que cada sociedad o cada grupo ponga al orden del macho. Ya se trate de agresiones corporales o psicológicas, ya se produzca en forma de paliza, violación o acoso, ya acabe en asesinato, humillación o autodefensa, la violencia afianza el mando y lo localiza en los núcleos más sensibles de la experiencia: la integridad del propio cuerpo, la libertad sexual y la autonomía en la circulación y el pensamiento. Rara es la mujer que no la ha sufrido o bien en carne propia o por intervenir en contra de una agresión dirigida hacia otra.

El sentido de la vulnerabilidad y del dominio es una experiencia del cotidiano femenino que se compone, antes que nada, como experiencia de los límites y de la protección del propio cuerpo y su capacidad expresiva. Aunque tenga que ver con la edad, el espacio, la identidad, la situación e incluso con el sentimiento de seguridad que una expresa o deja de expresar, en realidad, la posibilidad de ser sometida a la violencia machista excede las circunstancias concretas y se extiende a la existencia-mujer en general. Está tan enraizada en nuestro ser que aunque pudiéramos instalarnos en otras coordenadas seguiríamos alimentándonos de esos secretos temores que nos habitan. Ninguna ha dejado de asumir esta condición de peligrosidad y mal que bien hemos aprendido a movernos con ella, a soportar de la manera menos traumática posible sus leyes y a

disfrutar de las miserables victorias personales y colectivas que nos podemos permitir sin ponernos en situaciones de alto riesgo.

No podemos dejar de considerarla como imposición generalizada y, sin embargo, para luchar en su contra tenemos que cortarla a la medida de lo concreto y hablar de sus ocurrencias en los espacios y tiempos en los que participamos. La intervención de una mujer, feminista o no, en un Centro Social Okupado busca, entre otras cosas, la creación de un espacio seguro, un espacio de cuidado del propio cuerpo que anule la violencia y la interiorización del peligro sexual. Y lo busca no por vía de reglas, restricciones o dispositivos de vigilancia sino que lo busca como sentido, como sensibilidad, como actitud de toda la gente que lo habita. Por eso, lo más terrible de que ocurran agresiones sexuales, aparte de la vivencia de la que las sufre, es el sentimiento de todas no ya de constatar que estas cosas pueden suceder -esto ya lo sabemos- sino de que no se ha dado la actitud, el pensamiento y la acción que las hace difíciles. Que no hemos sido capaces de poner por delante esa disposición, la tensión colectiva y cotidiana que hace, por un lado, que los agresores perciban de inmediato que ahí no van a poder, que no es seguro y que pueden salir muy mal parados y que las mujeres, por otro, lleguen a sentir todo lo contrario, que ahí sí van a poder, que van a sentirse seguras y respaldadas en todo momento.

De nada sirve repetir una y otra vez lo de que los espacios liberados no son tales o que en las okupas se reproducen los mismos modelos y bla, bla, bla. Seguir hablando en estos términos estimula una paradoja bien estéril que se alimenta de la ilusión de lo liberado, para chocarse con la triste y de sobra conocida realidad, ejercer la denuncia pasado ya el momento de la autodefensa y vuelta al principio. Aparte de reincidir en la moraleja de que nada es lo que parece y afanzarnos en lo secundario de nuestros problemas dentro de lo colectivo, este desplazamiento en el lenguaje vale una mierda. Al despotenciar la diferencia del espacio e igualarlo a cualquier otro nos negamos la oportunidad de construir esa diferencia de un modo más dinámico saliendo de la oposición liberadoes, espacio utópico

inexistente para toda aquella persona que esté en las nubes, y el resto del mundo, una totalidad uniformizada hecha de casas, calles, ciudades y países donde se actualiza lo mismo de lo mismo.

Para empezar habrá que idear formas concretas de comunicar este sentido de cooperación para la libertad sexual sin aconsejar a las mujeres mantenerse juntas o evitar lugares oscuros. Habrá entonces que forzar lo existente e interrogar el hábito. La visibilidad femenina y gay es un comienzo pero hace falta más. Y es que, además, para hacerse presente es necesaria cierta complicidad, no vamos a estar todo el día con los guantes puestos o frecuentando los lugares liberados-que-no-lo-son. La creación de este sentido pasa necesariamente por el cuidado de las situaciones que producimos.

Todo esto surge al calor de la tremenda paliza-violación que sufrió una chica hace no mucho en una fiesta en El Laboratorio que, por cierto, a poco pasa sin pena sin ni gloria a la historia de los incontrolables horrores a los que nos hemos acostumbrado. Para que un Centro Social difiera de la calle (lo suyo sería que transformara la calle) habrá que ir pensando que en él no cabe todo el mundo. Y es que no queremos ser compatibles con ciertos sujetos que desafortunadamente a veces están demasiado cerca. Claro que los buenos modales, en lo que a centros sociales y anti-sexismo se refiere, pueden aprenderse y practicarse de manera airosa sin levantar demasiadas sospechas pero incluso en estos casos quien así actúa ha de sentirse incómodo, fuera de sitio o terriblemente inclinado hacia la mutación.

Y ya que esta agresión ocurrió en una fiesta me voy a referir a ellas y además con particular furia porque siendo un acto colectivo para disfrutar las veo como el ejemplo más claro de un montón de cosas que me revientan y que nada tienen que ver con el tipo de lugar-momento en el que me apetece estar. Y no es que todas las fiestas, conciertos y demás sean iguales (estaría bien preguntar, sobretodo a mujeres, qué sucede en las fiestas en las que nos sentimos agusto) pero ocurre que sí hemos estabilizado ciertos

hábitos de la pasti-party en los que impera la falta de atención por la ocasión. En la fiesta en cuestión, a cargo del afortunadamente extinto Proyecto Ruido, a excepción del pasti-negocio y la decoración alucinante nada mereció especial preparación o seguimiento. Como la fiesta era gratix no había nadie en la puerta encargado no ya de controlar quien entra, que también, sino de expresar esa atención de la que hablaba: que hay gente concreta detrás y delante del tinglado y que va a responder o a organizar una respuesta ante posibles agresiones u otras cosas menos terribles. Comunicar, en definitiva, que lo que hay tiene una presencia hecha de gente interesada en lo que sucede y que no se limita a generar algo y luego a ver que pasa. Si no hay responsabilidad sobre lo que organizamos o lo que dejamos organizar a colectivos de fuera, ¿de qué nos asustamos? o si pensamos que no es posible ¿a qué ostias organizamos nada? Y es que es muy duro estar todo el rato pendiente de las miles de formas en que alguien puede faltar el respeto y no vamos a estar acercándonos a toda persona susceptible de ser víctima de abuso... no cuando el abuso ya se ha consolidado como una cuestión individual (cada cual que se las apañe como pueda y con quien pueda) por no decir normal.

Las consecuencias de dejar que las cosas sucedan sin más ya las conocemos, por lo menos en El Laboratorio. Hay gente que se ha aburrido o sentido sólo al enfrentarse a movidas de todos los colores pero esto tampoco ha sido suficiente para dar el salto y poner esta cuestión en el punto de mira y recuperar así un espacio que se ha ido perdiendo en lo anecdótico.

Nos hemos acostumbrado a las fiestas sin fin, sin hora vamos. Perfectamente en sintonía con la agonía que nos empuja a agotar los momentos sin reconocer principios ni finales. A nadie apetece estar al loro o encargarse de hacer acabar lo que sí se ha sabido empezar. Antes que cortar la historia es mejor ver a la peña ir desapareciendo poco a poco por agotamiento o acoplándose en algún rincón. Así las cosas, la fiesta se convierte en la actividad más sagrada del centro social. Pocas son las cosas que pueden llegar a interrumpirla. Ni que lancen cocos, ni que le abran la

cabeza a alguien, ni que una mujer salga danzando al hospital. Bastante paradójico es ya que mucha de la gente que asiste a las fiestas no se entera de lo que en ellas sucede por muy llamativo que sea, por ejemplo, alguien sangrando en mitad del patio y con un ataque de nervios. En este sentido, hemos llegado al punto de que la fiesta resulta incompatible con la posibilidad de comunicar, decidir colectivamente y actuar. Para ello, acaso habría que cortar la música e interrumpir el evento, hecho que produciría una alarma innecesaria y todo eso.

Otra cuestión es el modo en que se afronta lo de ponerse. Ahora se ha generalizado el argumento de que hay gente que va toa puesta y no se entera y más que puesta lo que va es idiotizada. Me resisto a creer que cuando una está puesta no percibe lo que hay, más bien todo lo contrario, lo percibe y con una nitidez que asusta porque la visión se anticipa, se hace muy fina, tanto que se es capaz de leer movimientos imperceptibles, gestos, actitudes que expresan formas de encontrarse en el mundo: el miedo, la impotencia... Para muchas mujeres esto resulta bien claro y es por ello que a veces cuando tomas algo proyectas y experimentas las agresiones sexuales de lo micro. A veces hemos preferido no mirar en cierta dirección, la verdad es que no por ello hemos dejado de ver. Y ya que en cualquier caso vemos, acaso sea mejor mirar de frente. Ya se sabe lo que duelen las trampas que nos gastamos... Cuando no se puede o no se quiere o una no se ve capaz de discernir lo que sucede a su alrededor habrá que apostar por el contacto a no ser que se prefiera apostar por la estupidez, en cuyo caso ya no hay más que hablar.

Si esto es hábito abrá que entrar a saco por ahí porque la denuncia a posteriori es insuficiente, nos puede dejar mejor sabor de boca pero no vale para lo que viene después. Otro salto que hay que hacer posible es la atención a la mujer que ha sufrido la agresión. También ahí hemos andado bien flojas. Primero, para entender y aprender sobre cómo se experimenta la agresión. Para eso hay que dejarse de una agresión es una agresión y punto y no tener miedo al intercambio y al fantasma del morbo. Cuando se producen agresiones hay que crear grupos de apoyo, de intermediación y

seguimiento porque una vez ocurrida la agresión, quien la sufre sigue circulando por ahí y tiene mucho que digerir. Nada de invisibilizar sino saber, conocer cómo se siente la agredida, cómo define la violencia y actúa en su contra, contra la violencia del momento y contra la de los momentos posteriores. Enganchar con el ritmo y las exigencias de quien la vive. La mediación con la colectividad que es el Centro Social es importante como ejercicio contra el olvido y por la actuación en positivo, por la recuperación de un espacio maldito que ya no se desea pisar.

Repensar las definiciones desde esa actitud de escucha e intercambio puede revelar algunos estereotipos interesantes sobre las agresiones sexuales. Por ejemplo, qué ocurre cuando para la agredida lo que se pone en primer plano no es la violación sino el peligro de muerte o cuando actuar pasa por estrategias de autodefensa tan inteligentes y espontáneas como fingir sometimiento y complacencia ante una violencia desmesurada. ¿Vamos nosotras ahí a hablar con nuestro lenguaje o a trazar un puente real con la vivencia y los términos de quien tiene mucho más que decir? Estaría bien poner en común las subjetividades que se moviliza con todo esto.

Y más cosas. ¿Porqué se pregunta si realmente se trata de violación y se insiste desde las mujeres que sí, que lo que pasó es lo peor que podía haber pasado? Probablemente porque con la fuerza de las palabras se ha asumido una escala en los niveles de agresión que encuentra en la penetración su máximo exponente y que habría que redefinir, también para nosotras mismas. Y es que prevenimos así la disminución inevitable de lo ocurrido sin darnos cuenta de que presuponemos también las clasificaciones y definiciones al uso. ¿Gritamos que el sentimiento de vejación más terrible no siempre es la penetración o seguimos dando alas a los mitos? Para avanzar en esta dirección hace falta involucrar e involucrarse con la mujer agredida.

Y luego, ¿cómo romper ya de una vez lo de que es a nosotras a quien toca pelear esta cuestión dejando, de paso, bien claro cual es nuestra área de

intervención en un Centro Social mixto? Pues claro que nos toca de cerca, también nos toca la colectivización de una actitud distinta. La que hace que las agresiones sexuales se conviertan en un asunto del Centro Social en su conjunto, algo que merece muchísima reflexión y actuación en común. Nuestra decisión, la de las mujeres, de separación y acumulación de iniciativas en este terreno tiene muchos aciertos pero también tiene sus desaciertos, sobretodo a la hora de crear una práctica general en contra del sexismo y las agresiones sexuales. Al menos si no se anticipa y tiene en cuenta la parcialidad a la que terminamos reduciendo, nosotras a la cabeza, la violencia contra las mujeres. La mejor autodefensa, aparte de la que permite transformar la autoestima en golpes certeros, es la que genera una disposición colectiva en contra de las agresiones sexuales. La del golpe te defiende, la otra te sitúa a tí, a tus compañeras y a la comunidad en un espacio diferente.

¡ATENCIÓN AGRESOR, MUJERES VIOLENTAS!

desde la Escalera Karakola, una ex-compañera del CSO El Laboratorio



Carta per a un debat sobre les agressions sexistes

El estado de las cosas

L' anècdota

Als mesos de febrer-març, una dona de Cornellà va ser agredida pel seu ex-company, Fidel Salvador Sanchez. Era la darrera agressió, després d'un seguit d'amenaçes, intimidacions i seguiments per part del tio. Aquest cop, es va presentar al bar on la dona estava prenent algo amb una amiga, li va dir d'anar a fora a xerrar i, després de discutir, la va pegar. Ella va prendre la decisió de denunciar l'agressió, després d'anar a l'hospital a que li fessin el part.

El judici es va celebrar el 24 de maig i fou tan trist i patètic com els de la resta de les dones maltractades de l'Estat. Per sort, hi havia convocada una concentració i la noia anava acompanyada per un grup de gent, amb una pancarta contra les agressions masculistes i octavetes informatives dels fets; però es va trobar a l'agressor de camí al Jutjat, va haver d'esperar-se una hora en la seva companyia - amb la tensió que comporta - i va haver de declarar i compartir banquet amb ell.

L'actitud del tio va ser en tot moment desafiant cap a ella i cap a la gent que li va donar recolzament, unes 20 persones. No només va reconèixer l'agressió sinó que la va justificar per la ira i li va restar impotència. A més, va increpar a les dones concentrades que coneixia i va amenaçar al xaval que repartia octavetes.

El dilluns següent, el tio es va presentar a la assemblea de l'Ateneu de Cornellà tot enfarlopat i, després de cridar i insultar a tothom, va amenaçar amb un martell a una de les noies assistents al judici.

Durant les setmanes següents ens va sorprendre molt trobar-nos que

alguns xavals propers van tenir contacte amb ell, fins el punt que va entrar a un espai alliberat.

La nostra postura

Aquests fets i la resta de detalls patètics de la història han arribat a la gent que vam donar recolzament a la dona agredida – majoria de dones – i ens han fet sentir doblement enrabiades: d'una banda, amenaçades per l'agressor; de l'altra, questionades i negades en entrar en joc un cúmul de comentaris, crítiques a haver optat per la via judicial, especulacions sobre la relació entre el agressor i la dona, amiguismes,...que tot plegat justificaven l'injustificable i despolititzaven el debat, questionant la decisió de la tia i la resposta de solidaritat.

Les dones de Sants i Cornellà i moltes altres que s'han anat afegint més tard, ens hem vist forçades a exigir un posicionament i a demanar explicacions de l'actitud d'alguna gent en els espais on ha esquitxat aquesta merda.

En alguns casos, això ha servit perquè persones que tenien dubtes reflexionessin i veiessin que s'havien equivocat. Però no volem que la història es vegi reduïda a la versió que et donin a la barra del bar o es quedi al col·lectius directament implicats (on sí hi ha hagut un esforç per parlar i analitzar a fons la qüestió).

Aquesta és la versió més “descriptiva” i descarregada de mala sang que hem sigut capaces d'escriure. Ens hem volgut estalviar els noms i els comentaris cutres, per fer cinc cèntims de la moguda i entrar a fons en la reflexió que hem tingut – homes i dones – a partir d'històries com aquestes, perquè creiem que **ÉS EL QUE REALMENT HEM DE DEBATRE**.

Trobem lamentable que s'hagi questionat la decisió de la dona de posar la denúncia. És la seva decisió i punt. Si ella va denunciar va ser perquè es sentia sola, perseguida i en perill. De fet, molta gent sabia que s'havia comès l'agressió i ben poca va fer res fins el dia del judici.

Una de les coses que ha provocat més polèmica és haver fet servir la via judicial per solucionar el problema, quan ningú es creu ni reconeix la

justícia penal i burgesa.

Per començar, considerem que ha estat l'excusa política a la que s'han aferrat aquells que han questionat la decisió de la dona i les mostres de solidaritat. Volem aclarir que és una contradicció que nosaltres també tenim, però és una de les vies que tenim al nostre abast per fer front a les agressions masculines i a moltes altres. Perquè aquesta no és ni la primera ni la única vegada que s'ha fet servir el sistema judicial: denúncies a nazis, a policies, per desallotjaments il·legals, etc. Hi ha un doble raser segons a qui es porta a judici.

Tenim molt clar que lluitem perquè les respostes a aquestes agressions siguin socials. Si tinguéssim el tema mínimament currat li donaríem publicitat i transcendiríem l'esfera del privat, de la parella, el grup d'amics i el rumoreig i el cotilleo. L'aïllament és una estratègia que busca, com a mínim, fer-li sentir a l'agressor que el que ha fet és horrible i, que si ell no s'ho plantetja, no trobarà cap cobertura.

Moltes dones han mort a mans dels seus (ex)companys perquè la gent no es va plantejar reaccionar a temps i d'alguna manera. La resposta social implica també donar-li a la dona un suport real, acompanyar-la, transmetre-li seguretat i confiança, cobertura física i emocional.

L'aïllament no és la única via, però depèn sobretot de l'actitud de l'agressor, d'assumir que té un problema i voler-lo resoldre. No volem escarnissar-nos amb el tio aquest concret, però la seva actitud ha quedat prou clara amb els fets.

Ens sembla molt significatiu que per netejar la seva imatge i questionar la dona i el recolzament, el paio aquest hagi buscat la complicitat d'altres homes. En la ment d'aquest machito les ties no tenim credibilitat i, les que plantem cara, son amenaçades perquè és creu més fort. Als homes en canvi els veu com iguals, amb qui desenvolupar un llenguatge de camaraderia i solucionar els problemes amb unes birres, "de hombre a hombre".

Ens ha dolgut que homes que sentim propers hagin optat per la seva via i no hagin adoptat una actitud de rebuig cap a ell fins que se'ls ha demanat explicacions. Pensem que es poden plantejar dubtes o contradiccions sobre un boicot col·lectiu sense passar-se pel forro el que

la gent pensa i sent.

Pensem que alguna gent s'ha agafat a les contradiccions sense afrontar la qüestió essencial: que el sexisme i les agressions masculistes no es viuen iguals si ets un home o una dona. Sovint només les dones ens sentim afectades i ens mobilitzem: ens posem més ràpid en la pell d'una dona agredida, violada o intimidada i babosejada perquè o bé ens ha passat o bé tenim consciència de viure en un cos agredible. Volem expressar també la nostra queixa respecte la responsabilitat col·lectiva d'aquest tipus d'agressions. D'una banda, expressar que no volem que depengui exclusivament de nosaltres que es faci efectiu l'aïllament social de Fidel. No volem ni anar de guardianes per la vida ni que la gent participi del boicot perquè nosaltres ho diem. Volem una presa de consciència col·lectiva i real. Ni més ni menys.

D'altra banda, se'ns han transmès crítiques a com s'ha portat la història, especialment al fet que s'hagi reduït a certes dones. En qualsevol altre tipus d'agressió (dels feixistes, nazipunks, policia) la gent ràpidament s'organitza, es truca i mou cel i terra per donar una resposta immediata, col·lectiva i organitzada. Encara que no hagi passat en el cercle més proper, la informació circula ràpidament i la gent se sent implicada. És millor donar una resposta amb contradiccions que no donar-ne cap.

Per acabar, valorem que l'enrenou que ha aixecat tant la denúncia d'una agressió masculista com les mostres de solidaritat han destapat la immaduresa del discurs i, sobretot, de l'acció col·lectiva pel que fa a la lluita feminista, antisexista o com se li vulgui dir. A Cornellà van emetre un comunicat amb la conclusió de hechos se llenan las personas, de palabras sólo la boca. Més clara, l'aigua.

Demanem que aquesta valoració feta per alguns col·lectius dones sigui portada al debat intern dels col·lectius, que aquests emetin algun tipus de resposta: ja sigui valorant-ho i per tant posicionant-se al respecte o donant algun tipus d'alternativa.

Podeu fer-ho adreçant-vos al c.s.o. HAMSA (les tenses) o a l'ateneu de Cornellà (dones de corneyà).



La Opresión “al revés”

Amigo Vespa

Quiero hablar sobre el tema de la opresión “al revés,” en la que algunos anarquistas creen, a pesar de que no exista. (Y gracias a unxs amigxs por corregir mi mal castellano).

Un día estaba hablando con unos anarquistas de Barcelona sobre grupos de mujeres no mixtos. El caso concreto surgía de que estos anarquistas habían recibido una propuesta de un grupo anarcofeminista de desarrollar sus entrenamientos de autodefensa en el centro social ocupado y gestionado por dichos anarquistas. Quedé muy sorprendido al escuchar el argumento de que un grupo de autodefensa solo para mujeres es sexista.

Uno de los planteamientos consistía en que esta no mixtidad constituye una discriminación contra los hombres, por tanto sexismo, otro era que como anarquistas queremos rechazar el género y todas las categorías involuntarias y que las formas de organización exclusiva del tipo reforzarían el género—a parte del argumento de que las feministas odian a los hombres y lo único que quieren es poder (tengo que señalar que estos últimos argumentos no se generaron todos ahí, y que no entendí todo lo que se dijo; los cito porque esta crítica va dirigida a argumentos y no a personas).

Qué sorpresa para mí escuchar esto, dado que en mi país me acostumbré a escuchar dichos argumentos provenientes de personajes de derecha (y eso que mi país no se caracteriza por ser ningún paraíso de libertad ni de radicalismo precisamente), pero aquí me llegan de la boca de un compañero.

Sobre el argumento de la discriminación contra los hombres diré que es un análisis débil, algo así como oponerse al capitalismo solo porque las clases populares sufran discriminación. Las cosas son mucho peores que eso. La

preocupación por la discriminación es propia del racionalismo, entre otras cosas porque ciertas discriminaciones disminuyen la eficiencia de la economía. Funcionarios del gobierno, quienes nunca admiten la opresión en la que se asienta su sistema, hablan sobre la discriminación y de cómo corregirla, sin mencionar las causas estructurales y la historia de esa discriminación. El problema es más profundo de lo que señala esa palabra. Claro que el patriarcado es una estructura y una cultura muy fuerte e insidiosa. Es una jerarquía. No existe el sexismo “al revés”. Es posible que existan feministas que odian a los hombres (aunque yo jamás me haya encontrado con ninguna), pero esos serían sentimientos generados por individualidades, que no pueden invertir ninguna jerarquía poderosa, que no pueden someter a los hombres a la violencia cotidiana dirigida hacia las mujeres durante miles años de patriarcado y que no son sexismo. La reacción así de inmediata de los hombres contra el feminismo, creo que proviene de un miedo a ser censurado, de perder algunos privilegios y comodidades. Pero como hombres nosotros también tenemos mucho que ganar en la lucha contra el patriarcado.

Sobre el segundo argumento, estoy de acuerdo con la necesidad de abolir el género binario. ¿Pero cómo hacerlo? No es una lucha fácil ni breve. Hay una herencia de desigualdad y de dolor que crean todos los sistemas de opresión, incluso el patriarcado. Estamos todxs condicionadxs, desde nuestro nacimiento. Un resultado de esto es que a menudo los hombres no aprendemos como expresar bien nuestros sentimientos, y nuestra sexualidad se daña, nos han enseñado a lastimar y a objetualizar. Nos beneficiaríamos mucho participando de un grupo solo para hombres, para discutir nuestra socialización autoperjudicante.

Otro resultado del patriarcado, entre otros miles, es que las mujeres no se sientan motivadas para aprender autodefensa o a usar la violencia física, aunque sufran tanta violencia y amenazas por parte de nuestra sociedad. Y a menudo en los grupos de autodefensa mixtos existe el sentimiento invisible de que eso forma parte del territorio de los hombres, por lo tanto vemos que sin ninguna exclusión ni mención de género explícita se puede excluir a las mujeres. Si decimos que el género es una categoría opresiva y por eso no hablamos sobre género, ni dirigimos acciones contra sus

resultados, que “ya no vemos”, estaremos protegiendo la herencia del patriarcado.

Necesitamos abordar la abolición del patriarcado como un fin en si mismo, como un sistema de opresión incompatible con la libertad. No desaparecerá con la abolición del estado o del capitalismo. De hecho, el patriarcado tiene muchos mas años que estos otros sistemas.

No es un argumento nuevo ni precisamente liberal (algunas personas tildan al feminismo de “liberal”). En la Guerra Civil, los hombres de la CNT dijeron que el sexismo desaparecería tras la revolución (Marx argumentó la misma mentira en relación al estado). Felizmente, mujeres como Lucia Sanchez Saornil no les escucharon, e iniciaron el grupo “Mujeres Libres”. Este grupo publicó un periódico, montó escuelas y enseñó a las mujeres como usar las armas, para combatir el sexismo del movimiento y el fascismo. Y constituye un éxito, que dentro de una sociedad tan patriarcal, miles de mujeres ganaran la confianza suficiente en sí mismas para luchar con los hombres, convertirse en guerrilleras, matar a los fascistas. La revolución era tan fuerte, que unas anarquistas se enfrentaron al sexismo existente dentro del movimiento y crearon espacios seguros y cómodos.

No digo que todas las mujeres necesiten sus propios espacios (tampoco que sea una necesidad o que constituya una característica de todas las mujeres o de todos los hombres), y tampoco digo que las mujeres que quieren tener su propio grupo de autodefensa lo quieran porque no sean capaces de pelearse con los hombres (por una supuesta debilidad o desventaja física). Las mujeres tienen una historia de lucha fuerte y violenta. Pero si unas mujeres expresan que necesitan su propio grupo para autodefensa o cualquier otra cosa, deberíamos respetarlo, dejándonos guiar por sentimientos de solidaridad y confiando en que la persona que sufre una opresión sabe mejor que nadie lo que necesita para combatirla.



Agresión es cuando me siento agredida/o

Si me siento agredido/a reacciono como me da la gana. En una situación de agresión lo que quiero reprimir es la agresión y no la reacción a ésta.

Si me siento agredida/o no me quiero sentir sola/o por ser la primera vez que estoy aquí o porque no conozco a nadie o a poca gente o por miedo a que no me apoyen o por lo que sea...

Y en colectivo ?qué?

No queremos ser el/la “macho” protector/a pero tampoco lo queremos usar como excusa para no hacer nada. No queremos mirar hacia otro lado cuando asistimos a una agresión.

Una agresión no es solo entre quien agrede y quien es agredida/o.

Nosotros/as también estamos aquí!

Queremos pasarlo bien

pero no queremos pasar de todo!

Los espacios “liberados” no están exentos de agresiones.

de_genere@yahoo.es

Este cartel salió de la Asamblea de Género y fué distribuído, conjuntamente con el flyer que se encuentra en la página siguiente, a los centros sociales y demás espacios políticamente cercanos con el objetivo de que se colgasen en algún sitio visible, 2004, Barcelona.



Los espacios “liberados” no están exentos de agresiones.

Es muy difícil dejar de vivir valores, actitudes y comportamientos que hemos asumido como normales. Para esto hace falta pensar, debatir, cuestionarse, a nivel personal y colectivo. Crear un discurso, que es difícil de tener, que a veces duele, que sea sincero, crítico pero constructivo...

Hay agresiones dentro de la “peñita”?

Siempre nos sentimos cómodas y seguras?

Que es una agresión?

Delante del típico baboso, cómo hemos reaccionado?

Hemos/han reaccionado?

Y cómo ha reaccionado la gente a nuestro alrededor?

Estamos atentos a lo que pasa a nuestro alrededor?

DELANTE DE UNA AGRESIÓN HA HABIDO ALGUNA VEZ UN DEBATE
COLECTIVO SOBRE LA MANERA DE AFRONTARLA?

Cómo podemos reaccionar de una manera adecuada si no nos planteamos
ningún discurso hasta que no haya habido una violación?

Creemos a la persona que nos dice que ha sido agredida?

Pedimos explicaciones/pruebas?

Hay manera de tratar el tema sin entrar en un discurso de culpabilidad y victimización?

No hemos vivido nunca una agresión cuando estábamos de fiesta?

PODEMOS ACTUAR ANTE UN AGRESOR TAMBIÉN EN UNA FIESTA DONDE NO CONOCEMOS LAS ORGANIZADORAS?

Podemos actuar/reaccionar cuando estamos de fiesta (colocadas, borrachos, etc...)?

Somos capaces de cuestionar nuestras reacciones sin que esto signifique no hacer nada?

Qué hacemos si es una amiga que está molestando a otra persona?

Nuestra realidad es hombre-centrada?

Tenemos que asumir actitudes hetero-machistas para ser aceptadas o escuchados?

Dominación, hablar por hablar, ser fuerte y convencido, no dejar espacio para dudas, son actitudes típicas en nuestras asambleas?

Las mujeres, tendemos a tomar roles típicamente masculinos para que se nos tome en consideración?

Nos sentimos cómodos expresando nuestros sentimientos, miedos, frustraciones o, como en cualquier otro lugar, vemos mejor esconderlos?

Reaccionamos de manera distinta a cosas que hacen o dicen personas dependiendo de si son hombres o mujeres?

Los hombres tenemos en cuenta la posición de poder que representamos
por nuestra socialización?

Tendríamos que tener más cuidado con nuestros comportamientos por
esto?

Cómo podemos cambiar el ambiente en nuestro entorno hacia un ambiente
donde nos sintamos más cómodas y seguros sin simplemente introducir
una serie de reglas de cómo hay que comportarse?

?Hasta dónde queremos que llegue nuestra “liberación”?

Asamblea de Género, 2004, Barcelona



Entre la peña...

En todo lo que nos diferencia, nos une la idea de destrucción de todas las jerarquías y por eso el trabajo contra el fascismo, el racismo, el sexismo. Nosotr@s creemos que esto no tiene sólo que ver con reaccionar en relación a fachas y a babosos sino contra las actitudes de tod@s y las nuestras. LA NECESIDAD Y URGENCIA DE REACCIONAR Y DE CUESTIONAR en nosotras mism@s, en nuestras relaciones, nuestras casas y centros sociales. En general, en nuestra vida cotidiana. El personaje del baboso se entiende como algo que está lejos y fuera de nuestro entorno más cercano y no como alguien que puede ser nuestr@ amig@ o nosot@s mism@s. También porque es muy fácil que asociemos a sexismo solamente los abusos sexuales y violaciones y no todos los juegos de poder y agresiones de todo tipo (psicológicas, verbales, físicas).

La crítica que planteamos no se aplica sólo a la sociedad en general sino también a los grupos y espacios en que nos movemos. Es muy difícil que reconozcamos, critiquemos y reaccionemos delante de actitudes sexistas de las personas que escogemos como nuestras amig@s, con quien decidimos convivir y con quien nos identificamos en mucho de lo que pensamos y como queremos actuar.

Ni nadie, ni ningún espacio - ni ningún centro social - están liberados. Pero intentamos cambiarnos y cambiar nuestros espacios y relaciones. De ahí la importancia de autocuestionarnos y de hablarnos, entre nosotras, de nuestras dudas, actitudes, experiencias. Porque lo que un@ siente como agresión, como abuso, como violencia es mucho más difícil de reconocer con gente que conoces y con quien te relacionas. De hecho casi todas las violaciones pasan en relaciones de pareja, amistad, familia. No son tantas las personas escondidas detrás de un arbusto en el camino a casa que te atacan, sino más las personas que viven en tu casa, que encuentras en fiestas, asambleas, manis, talleres,...

Es muy importante que una persona, cuando se siente agredida, no dude si fue una agresión o no y confíe en sus sentimientos, que pueda hablarlo y

sentirse cómoda, escuchada y apoyada en lo que ella decida hacer.

En la mayoría de las situaciones no tenemos claro como reaccionar pero pensamos que se tiene que tener claro que hay que hablarlo, discutirlo y no silenciarlo. Porque el silencio significa aceptar la situación, o sea, no dar visibilidad al problema y no permitir que se encuentren respuestas colectivas y también individuales. Entre nosotr@s, no intentemos evitar el escándalo. Escandalicémonos siempre! NO NORMALICEMOS las músicas sexistas en conciertos, las posiciones de dominación en asambleas y en las relaciones, la superioridad del racional sobre lo emocional, los roles sobre lo que se supone masculino y femenino, el poder de la fuerza física para imponerse un@ mism@, las excusas de ambientes de fiesta de “está borrach@” o “está drogad@” o “está de broma”, etc, etc.

Acabemos con la dicotomía entre buen@s y mal@s que aprendemos en los cuentos infantiles, los héroes no existen. Cuestionémonos a nosotr@s mism@s en todos los momentos. No aceptemos la situación fácil de parecer tranquil@s cuando hay cosas que nos molestan. No hay soluciones perfectas, sólo la posibilidad de intentar cambiar para tener una convivencia mejor entre nosotr@s.

No somos mejores pero queremos vivir mejor.

Cartel publicado en 2002 y difundido através del Contra-Infos.



La autodefensa de y para mujeres es una respuesta a la violencia de género.

Sólo de y para mujeres por la socialización que recibimos. Desde el momento en que nacemos somos educadas de una manera distinta dependiendo de si somos consideradas niña o niño. Y la cultura en que crecemos y nos relacionamos también nos percibe y nos determina de una manera distinta. Esto se reproduce en todos los ámbitos sociales como la familia, la escuela, el grupo de colegas, el trabajo, las relaciones de pareja, fiestas...

No queremos decir que todas las mujeres sean iguales sino más bien remarcar que hay una identidad femenina criada y impuesta a nivel social que afirma que somos sensibles, emotivas, pasivas, dóciles, cuidadoras, conciliadoras, débiles, hospitalarias, seductoras, heterosexuales, celosas, etc, etc.

Sólo de y para mujeres porque existe una bipolaridad de género (mujeres/hombres). Esta es la realidad en la que vivimos. A partir del momento en que todos los espacios (o casi) te ven como mujer, estás más sujeta a agresiones por el hecho de que el género masculino domina y el género femenino se asocia a ser dominado - a nivel de fuerza, de deseo, de necesidades, entre otras cosas más.

Esta bipolaridad existe, nos guste o no. Nosotras partimos de esta base para cuestionarla y cambiarla. Cambiarla, por ejemplo, cambiando las relaciones entre mujeres que están muy fragmentadas y dominadas por su relación con el otro género.

Nosotras entendemos la autodefensa como una manera práctica y directa de cambiar la construcción de género, la socialización, la identidad femenina, el rol masculino de dominar por la voz y la fuerza física, de dominar los espacios públicos (calles, bares,...), el rol femenino del silencio, de la aceptación, de la simpatía,...

Cuestionar todo esto a partir del cotidiano, de nuestras experiencias y no

de una base ideológica o teórica. Buscar la complicidad entre mujeres. Esto no tiene sólo que ver con lo que podamos tener en común por la educación, cultura o lo que sea pero con el deseo de crear relaciones distintas entre nosotras. Relaciones distintas a las impuestas por el modelo heterosexual. Que no sean de atracción por tios y de competitividad entre tias. Que no sean de comparación entre tias y de buscar agradar a tios.

Encontrar espacios para hablar de cosas que solemos callar, como situaciones que nos dejan inseguras, actitudes que nos molestan y no sabemos como afrontarlas, no tener claro muchas veces lo que nos apetece, dudas acerca de nuestras reacciones - “no sé si me pasé...”, frustraciones - “me gustaria haber dicho/hecho...”, miedo al conflicto, miedo al rechazo, priorizar las emociones de las otras sobre las nuestras, dificultad en no sonreír, la facilidad con que separamos nuestras emociones de nuestro cuerpo - desear pegar a alguien pero sentir que no tienes la capacidad física para hacerlo, que alguien te toque de una manera que no te apetece y tu, en tu cabeza, intentas no darle importancia...la dificultad que muchas veces tenemos en reconocer nuestras potencialidades, la dificultad en aceptar lo que sentimos, la dificultad de reconocer agresiones cotidianas.

Una agresión es cuando una se siente agredida.

No hay una manera de afrontar una agresión. Hay muchas maneras. Tantas como situaciones, momentos, estados de ánimo. Y además, somos todas distintas en como reaccionamos y queremos reaccionar.

En autodefensa, aprendemos juntas estrategias y tácticas físicas, verbales, psicológicas para defendernos. Estas son herramientas que cada una decide como y cuando usarlas. Tu decides como reaccionar, confiando en ti misma.

Ninguna defensa es exagerada porque tú sabes, mejor que nadie, lo que estás sintiendo y como lo quieres expresar, sea de una manera tranquila o agresiva. Lo que hay que cuestionar son las agresiones y no las respuestas a estas.

Queremos reconocer y afrontar actitudes violentas en las otras y en ti

misma. Visibilizar agresiones que no solemos reconocer como tales: chantajes emocionales, roles de poder... Reconocerlas, rechazarlas, defenderse.

Para nosotras, un grupo de autodefensa de y para mujeres permite crear respuestas individuales y/o colectivas a agresiones.

Es una alternativa real a las instituciones y autoridades que quieren tener la respuesta o la solución. No queremos recurrir ni a policia ni a abogados ni a jueces.

Queremos combatir la frustración y la sensación de impotencia que podemos sentir ante una agresión.

Entendemos un grupo de autodefensa como un grupo de afinidad, con la posibilidad de organizarse y actuar ante agresiones.

Perdamos el miedo y saquemos la rabia!

Este texto fué publicado en 2005 en el fanzine "de pernas abertas".



Dicen por ahí que el enemigo más difícil de combatir es el que vive en casa. ¡Qué cierto es y qué cerca lo vemos cuando hablamos de sexismo!. Pero claro [nosotr@s](#) somos peñita del rollo, gente políticamente más o menos correcta y el tema del antipatriarcado lo tenemos bastante currado. Si bien es verdad que de vez en cuando decimos “coño!” o llamamos a un madero “hijo de puta”, pero son sólo pequeñeces que algún día limaremos. Algunas nos hemos hartado de oír esto, de soportar la hipocresía, de creernos que en nuestro mundillo, microcosmos, rollito alternativo, las caras más duras del sexismo no se manifestaban, o más bien no existían. Nos hemos hartado del rumor, del cotilleo insano que se ha hecho habitual en los bares, fiestas y otros saraos libertarios, y por una vez queremos llamar a las cosas por sus nombres y denunciar:

. Que muchas compañeras nos sentimos sistemáticamente acosadas por rastamanes, melenudos, gente guay o simplemente babosos que aun tienen el morro de, en un momento dado, alzar la bandera del antipatriarcado, participar en asambleas, cooperativas, tocar en grupos de innegable contenido antagonista...etc. Cuando una mujer dice “NO”, o es un sí a medias o un medio “no” que quiere dejarse convencer. Cuando decimos “NO”, es que “lo sentimos, chato, pero esta noche no has ligado”.

. Que además, algunos ¿compañeros? Tengan la poca vergüenza de decir a quien denuncia: “¿Es que os vais a asustar cada vez que tengamos una erección?”. A estos listos les queremos decir que no nos asusta ningún alzamiento de “miembro”. Lo que si nos puede asustar, dar asco y/o ganas de vomitar” es el “miembro” que tras la negativa insiste, persiste, incomoda e incluso agrede en vez de seguir con su erección en soledad o con quien se anime a compartirlo.

. Que varias compañeras han sido objeto de abusos más o menos frustrados por una hostia a tiempo en Centros Sociales, conciertos, fiestas, espacios supuestamente liberados.

. Que mucha gente, aun a sabiendas de todo esto, ha encubierto una y otra vez a semejante cerdos o simplemente lo han comentado en forma de cotilleo a lo “¿qué me dices?”

Si coreamos que frente al fascismo, autodefensa, si gritamos desde las entrañas que ninguna agresión sin respuesta, si pintamos en paredes que contra el patriarcado, acción directa, si hacemos todo eso, entonces no hay lugar para lo que lleva sucediendo años entre nosotr@s. No hay lugar para el baboso, para el que abusa, para el que sale a la caza de la moza y no nos respeta, tratándonos como presa “fácil” a cuyo cuello lanzarse.

El problema es colectivo. La respuesta debe ser también colectiva. Limpiemos la casa antes de barrer el patio.

Queremos dejar claro que no somos un colectivo. A diferencia de estos, no llevamos un trabajo continuo, sino que nuestro objetivo es combatir el patriarcado mediante respuestas a problemas concretos. La forma de organización que practicamos es lo que se conoce como grupo de afinidad, o sea, un grupo cerrado de chavalas y con un alto nivel de confianza lo que garantiza nuestra operatividad y eficacia. Animamos a todas las mozas a que se organicen de esta o otra forma para luchar contra el patriarcado.

!NINGUNA AGRESIÓN SEXISTA SIN RESPUESTA!

Anacondas Subversivas



En relación a la acción directa feminista

A lo largo de los últimos meses, algunas mujeres hemos tenido que compaginar nuestro ocio nocturno con la realización de acciones directas feministas, consistentes, principalmente en la expulsión (o intento de expulsión) de agresores (de un agresor en concreto, conocido con el apodo de Fer) de espacios públicos.

Consideramos legítima esta acción especialmente cuando se lleva a cabo en un entorno político como fue el caso. Aún así durante los días posteriores nos encontramos con reacciones de sorpresa, alarma y, en ocasiones, cuestionamiento, así como algunas interpretaciones erróneas entorno a la acción o a sus objetivos. Esto nos hace pensar que tal vez en los últimos tiempos en los movimientos sociales de Barcelona se está perdiendo (posiblemente por falta de costumbre) la sensibilidad feminista que permite comprender en su contexto, y en su justa medida, acciones como esta. Por eso nos gustaría invitar a distintas asambleas a acompañarnos en una reflexión sobre el por qué y el cómo de la acción directa feminista.

Por qué?

Las agresiones sexistas, los baboseos, las violaciones, son formas de opresión patriarcal que ocurren constantemente en nuestra cotidianidad y en nuestros espacios políticos y se amparan en múltiples paraguas que tienen que ver con las inercias sociales como el buen rollo, el contexto festivo, las drogas y la idea de que lo que ocurre en estos contextos forma parte de un ámbito privado y no político en el que todo vale. Este cóctel de elementos funciona como legitimador de las conductas de los agresores, y por tanto deslegitimador de los posibles sentimientos de malestar, protesta o respuesta de la agredida y permite que estas formas de violencia queden silenciadas, minimizadas y sigan produciéndose cada vez con más

impunidad.

Desde una perspectiva antipatriarcal, este tipo de acciones no son anécdotas aisladas sino que forman parte de una forma de violencia estructural y por tanto ejercerlas es ejercer una forma de violencia amparada en un privilegio social. Denunciarlas y combatir las es una forma de hacer política. Aceptarlas y justificarlas también es portanto un posicionamiento político en el sentido opuesto.

Cómo?¹

Identificándolas, señalándolas, haciéndolas visibles ya sea en el momento en el que ocurre no cuando sus consecuencias se ponen de manifiesto.

Algunos ejemplos:

Si un en un contexto de fiesta, una mujer está siendo baboseada, primero, comunica su mal estar al sujeto baboso incitándole a que deponga su actitud. Si éste no responde, la mujer lo comunica a su grupo de afinidad y éste, en función del grado de hostilidad del sujeto insiste en que deponga su actitud o directamente lo expulsa del espacio.

Si, en este mismo contexto, se produce una agresión sexista primero se protege a la mujer agredida de la violencia que se está ejerciendo sobre ella. Una vez se crea un espacio de seguridad para la mujer, ella decide cómo prefiere gestionar la situación y a partir de ahí, siempre en función de sus deseos, se actúa de maneras diversas.

Si, como es el caso que motiva este texto, un grupo de mujeres está en contexto festivo dentro de un espacio político y se encuentra, en él, con el violador de una compañera, presente o no, (esto es irrelevante por aquello de “si tocan a una, nos tocan a todas”), una de ellas se dirige al violador y le comunica que:

a) Sabe que es un violador.

b) Dado que es un violador, su presencia en un espacio de lucha política que

¹ Si a lo largo de la lectura de este apartado visualizas la situación y te resulta extraña o difícil de comprender, cambia el concepto “sexista” por “racista”, verás como todo resulta más sencillo.

incluye la lucha feminista es non grata (es como si Núñez y Navarro estuvieran en medio de una fiesta en un centro social okupado bailando “Yo soy así, y así seguiré, nunca cambiaré...”).

c) Ante lo anteriormente expuesto y la consecuente falta de respeto que su presencia supone para la conciencia política de lxs presentes debe abandonar el espacio.

Si el agresor expresa su rotunda negativa a abandonar por propio pie el espacio, el grupo de mujeres procede a hacerle abandonar el espacio en volandas, con el menor perjuicio posible para el resto delxs presentes y explicando siempre a las personas que organizan la fiesta y a quien pregunte qué es lo que está ocurriendo y porqué.

Estos son sólo algunos ejemplos que esperamos sirvan para ilustrar el por qué y como de la acción directa feminista para pulir las desconfianzas y recelos que estas acciones puedan producir en quien no disponga de los datos suficientes así como para que estas dinámicas se integren en el funcionamiento de nuestros espacios cotidianos y centros sociales.

Si tocan a una nos tocas a todxs!

Unas/ LasOtras

